

Selección **TERROR**

CLARK CARRADOS

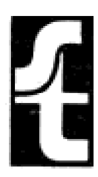
¡ DIENTES !

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

¡DIENTES!

CLARK CARRADOS

Colección
SELECCION TERROR n.° 409
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 30.705 — 1980
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: diciembre. 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-I52. Km 21.650)
Barcelona — 1980

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

404 — Fetichistas, *Lou Carrigan.*
405 — El escribano de Yama, *Ralph Barby*.
406 — Satanás no necesita médicos, *Clark Carrados.*
407 — La furia de los instintos, *Lou Carrigan.*
408 — Los crímenes del invisible, *Curtis Garland.*


SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha a caballo componía una bella estampa, con la blonda cabellera ondeando al viento, perfecta imagen de una mítica amazona, aunque con ropajes modernos. El animal galopaba fácilmente, como orgulloso de llevar sobre sus lomos tan hermosa carga. Desde su observatorio, Brett Parnum la vio a cierta distancia y, durante unos momentos, se olvidó por completo de la tarea que debía realizar.

Ella vestía sencillamente: camisa a cuadros, remangada, pantalones azules y botas de media carta. Parnum agarró los prismáticos, a fin de contemplarla con más detalle.

Por un momento, la amazona detuvo la veloz marcha de su montura y se inclinó sobre el cuello como para darle unas palmaditas de aliento. Luego se irguió y paseó la mirada por los alrededores.

Parnum pudo apreciar que parecía bastante alta. Ella aspiró el aire y su pecho se dilató. Los senos, jóvenes, firmes, destacaron al tensar la tela que los ocultaba.

Hacía sol y el calor apretaba. Inesperadamente, la muchacha se quitó la camisa y quedó con el torso al aire.

—Cielos —dijo Parnum.

Ahora sí que parecía una Diana cazadora, aunque le faltaban el arco y las flechas. Un tanto avergonzado, Parnum bajó los prismáticos. Aunque estaba seguro de que ella no podía verle, no le agradaba la idea de considerarse a sí mismo como un furtivo mirón, con obsesiones sexuales. Pero era un espectáculo digno de ser admirado, rebosante de casta belleza. Ella parecía sentirse muy contenta, rebosante de ansias de vivir.

Un pájaro cloqueó en las inmediaciones. Parnum se olvidó de su trabajo, allá en la plataforma de aquel árbol, convenientemente enmascarada, para no ser visto de los numerosos animales salvajes que poblaban la zona. A su lado, la cámara con la que lomaba vistas de la naturaleza viva, permanecía inactiva.

No lejos del lugar en que se hallaba, una valla de alambre, de tres metros de altura, señalaba los límites de una posesión. A mil metros de distancia y al otro lado de una loma de muy poca altura, se divisaba el remate del tejado de una casa.

A los lejos veía una línea plateada: era el océano. Frente a él, estaba la zona pantanosa, con numerosos charcos. Abundaban las aves acuáticas y de otras especies. Parnum estaba tomando vistas de los

animales en libertad.

Al cabo de unos momentos, se dispuso a reanudar su labor. Entonces, inesperadamente, oyó un agudo relincho.

Volvió la cabeza. El caballo se había encabritado repentinamente, levantándose de manos hasta casi ponerse vertical. La muchacha, sin embargo, demostró ser una magnífica amazona, porque continuó en la silla.

Parnum se preguntó si ella quería hacer una demostración ecuestre. Pero en aquel momento, el caballo partió a galope.

Parnum frunció el ceño. El cuadrúpedo parecía sin control.

Ella trataba de dominarlo, pero todo era inútil. Parnum adivinó que algo había asustado al caballo.

—Tírate —dijo, como si la muchacha pudiese oírlo.

Estaba a unos doscientos metros de distancia y el caballo corría como una exhalación.

De pronto, lo vio dirigirse hacia la alambrada.

—¡Se va a estrellar! —exclamó.

Olvidándose de todo, se descolgó del árbol y corrió hacia el lugar donde suponía iba a producirse el accidente.

—¡Salte, salte! —voceó.

Ella no pareció oírle. De pronto, Parnum vio que había una brecha en la valla. Algo o alguien la había roto en aquel punto, causando una abertura de más de dos metros de ancho.

A pocos pasos de distancia, se hallaba el borde de un estanque, de bastante anchura, aunque era mucho más largo, ya que no se podía ver el borde meridional. La orilla opuesta de aquel estanque se hallaba a unos trescientos metros de distancia. El caballo franqueó la brecha. Parnum la alcanzó unos segundos más tarde.

—¡Salte! —repitió.

El suelo era blando, esponjoso, cosa lógica en una zona pantanosa. La muchacha no se haría daño al caer. Corría mucho más peligro al continuar en la silla. Aunque no demasiados, había algunos árboles contra alguno de los cuales el animal, en su enloquecida carrera, podía estrellarse, con consecuencias catastróficas.

El cuadrúpedo se acercó al borde del estanque, sin disminuir un ápice su velocidad. Ella se vio incapaz de refrenar su carrera y, decidida a todo, pasó una pierna por encima del cuello de la bestia y se dejó caer de costado.

Parnum pasó la brecha y corrió hacia ella. Mientras, el caballo continuaba su alocada carrera. Al llegar al borde de las aguas, se metió sin vacilar, levantando chorros de espumas. Ello refrenó considerablemente su velocidad, pero no se detuvo en absoluto, sino que, al perder pie, continuó a nado.

Parnum llegó junto a la muchacha caída y se arrodilló a su lado.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó.

Ella hizo un gesto negativo.

—Me duelen un poco el hombro y la cadera, pero aparte de eso, no…

Repentinamente se oyó un estruendoso relincho.

Era el grito de un caballo sumido en un terror infinito. Parnum y la muchacha se volvieron a un tiempo.

El caballo se agitaba frenéticamente en medio de las aguas, debido a una causa que ninguno de los dos podía adivinar.

Parnum, sin embargo, vio manchas de sangre en las hasta entonces quietas superficie de las aguas.

De súbito, divisó algo que le dejó sin aliento.

Aquella aleta triangular que hendía el agua como un cuchillo…

—¡Dios, no puede ser! —exclamó—. Un tiburón en el pantano…

La muchacha parecía presa del más vivo terror. El escualo se lanzó al ataque y su aleta desapareció bajo las aguas.

El caballo relinchó estrepitosamente, a la vez que pateaba enloquecido. Parnum adivinó la forma de ataque del escualo: por debajo y al blando vientre de su presa.

El cuadrúpedo se hundió una vez, pero emergió de nuevo. Ahora Parnum y la muchacha pudieron ver algo realmente horrible.

Al salir, el caballo tenía al tiburón asido a su cuello, mordiéndole profundamente, hasta casi rodearlo por completo. De pronto, los mortíferos dientes del escualo rompieron alguna arteria vital y la sangre brotó a borbotones. Pareció como si el desdichado cuadrúpedo perdiera las fuerzas de repente, porque desistía de luchar y se dejó ir al fondo.

El agua aparecía completamente roja. Parnum abrió y cerró los ojos varias veces, para convencerse de que no estaba soñando.

—Nunca había visto una cosa igual —confesó—. Pero lo importante es que usted se encuentre bien, señorita.

Ella continuaba sentada en el suelo. De pronto, Parnum reparó en un detalle.

—Disculpe…

Rápidamente, se quitó la camisa y se la ofreció. La muchacha la aceptó con toda naturalidad. Hizo un esfuerzo, se levantó y giró en redondo para ponerse la camisa que le ofrecían.

—No sé cómo darle las gracias, señor…

—Parnum, Brett Parnum —dijo él—. Estaba en el árbol y la vi desde lejos. Pero no sé qué le pasó a su caballo.

Ella se volvió y echó atrás con la mano un rebelde mechón de pelo.

—Una serpiente de cascabel apareció de pronto y lo asustó. El animal se desbocó entonces…

—Suele ocurrir, pero no se preocupe. Lo importante, repito, es que se encuentre bien.

—Sí, muchísimas gracias.

—Escuche, en aquel árbol tengo una cantimplora con agua y un termo con café. Venga conmigo; un poco de café le sentará bien, me parece.

Ella trató de sonreír.

—Es usted muy amable, señor Parnum… Disculpe, no me he presentado todavía. Soy Phil Tarnell.

Parnum puso cara de extrañeza.

—¿Phil? Es nombre de hombre y usted… Ejem, no tiene nada de… de masculino…

—Phil se deriva, en mi caso, de Philippa —aclaró ella.

—Ah, así ya está mejor.

De pronto, Philippa se puso seria y casi se echó a llorar.

—Estamos aquí, charlando de tonterías… y mi caballo ha sido devorado por un tiburón… —Cierto, y resulta algo incomprensible. Estamos casi a dos kilómetros tierra adentro y en estos pantanos se pueden encontrar muchos animales, pero nunca me imaginé ver a un tiburón en medio de ánsares, gansos, flamencos, garzas, águilas y demás. No sé cómo pudo llegar hasta aquí, a menos que ese estanque tenga comunicación con el mar. —Exacto, tiene comunicación con el mar. Y ustedes no tiene derecho a estar en unas tierras que no son suyas.

La voz del hombre que tan Inesperadamente había hablado sonaba a espaldas suyas. Parnum y la muchacha se volvieron y ella lanzó un grito de terror al ver el singular espectáculo que se ofrecía tan inesperadamente a sus ojos…

* * *

El hombre era de elevada estatura y vestía una cazadora de piel suave, de color leonado, pantalones y botas de tipo muy antiguo, que le llegaban a medio muslo, muy prácticas, evidentemente, en aquellos terrenos. En el cinturón, al lado izquierdo, se veía asomar la culata de un revólver.

Debía de tener unos cuarenta y cinco años, calculó Parnum. Los ojos no se le veían, ocultos tras unas gafas de espejo en el cristal externo, la cara era alargada, aunque no chupada. Las manos quedaban cubiertas por unos guantes de manopla.

Pero no fue la presencia del hombre lo que les impresionó, sino los

dos animales que llevaban atraillados en la mano izquierda. Philippa, asustada, se acercó instintivamente a Parnum.

Sendas cadenas de fino y resistente acero sostenían los collares de dos panteras negras, que enseñaban los dientes casi continuamente, a la vez que emitían sordos gruñidos de amenaza. Parnum adivinó que, de no ser por la fuerte mano del desconocido, los felinos habrían saltado ya sobre ellos.

«Antes, un tiburón; ahora dos panteras. Todo son dientes en este lugar», pensó.

Capítulo II

El desconocido volvió a hablar.

—Repito que están en tierras que no les pertenecen —dijo—. ¿Por qué han traspasado la valla?

Parnum dio un paso hacia adelante.

—¡No se mueva! —ordenó el sujeto.

Las panteras se agitaron, furiosas. Su dueño dijo algo y se calmaron instantáneamente.

—Perdone —dijo Parnum—. Sí, ya sabemos que estamos en terreno ajeno, pero no hemos traspasado la valla deliberadamente. La señorita Tarnell estaba dando un paseo y su caballo se le desbocó. Hay una brecha en la alambrada; mírela usted mismo. Se ve desde aquí y, créame, no la hemos hecho nosotros.

—Todo lo que dice el señor Parnum es cierto —intervino la muchacha—. Una serpiente de cascabel espantó a mí caballo. Yo tuve que tirarme al suelo para no caer al estanque… en donde, por cierto, hay un tiburón.

—Ah, sí, lo sé —contestó el desconocido con indiferencia—. Bien, no les reprocho que hayan pasado la valla, si se trató de un accidente, pero les ruego no vuelvan a hacerlo.

—No lo haremos, descuide —aseguró el joven.

—Seguramente, se trata de algún cazador furtivo. Yo soy Janus Deckering y resido en Manneaux Hall, aquella casa que se divisa desde aquí. Si les he asustado, dispensen, porque no era mi intención hacerlo.

—Bueno, si, fue un buen susto —convino Parnum—. No es corriente ver a un hombre paseándose con dos panteras, señor Deckering.

—Son «Yaia» y «Sturm». Las tengo desde pocos días después de su nacimiento. Yo mismo las crié y están completamente amaestradas. A veces las saco, para que no pierdan del todo sus hábitos y capturen alguna presa.

—Muy emocionante —calificó Philippa, algo más tranquilizada—. Pero ¿qué me dice del tiburón?

—El estanque es bastante profundo y tiene comunicación con el océano, eso es todo.

Por cieno, aún no sé sus nombres…

—El mío es Brett Parnum. Ella es la señorita Philippa Tarnell.

—Y vivo en Casa Larga —añadió la muchacha.

—He tenido mucho placer en conocerles —declaró Deckering—. Hoy mismo haré que reparen la alambrada. Por favor, tengan en cuenta a «Yaia» y a «Sturm». A veces quedan sueltas por la propiedad.

—No lo olvidaremos —dijo Parnum.

Y ya se disponía a dar media vuelta, cuando Deckering pronunció su nombre y le hizo mirarle de nuevo.

—¿Puedo saber qué hace en estos parajes?

Parnum señaló el árbol situado a unos ciento cincuenta metros.

—Soy naturalista y estaba tomando vistas de los animales salvajes, cuando se produjo el accidente —contestó.

—Oh, entiendo. Muchas gracias… Ha sido un placer, miss Tarnell.

Philippa hizo una leve inclinación de cabeza. Luego se dirigió hacia la brecha, acompañada por el joven.

Al traspasar la valla, se volvieron. Deckering había iniciado el regreso, llevándose a los dos felinos.

De pronto, al remontar una ligera pendiente, Deckering soltó la traílla. Las panteras se alejaron, dando enormes saltos, perdiéndose de vista al otro lado de la diminuta elevación. A los pocos instantes, oyeron unos agudos graznidos.

—Ya han encontrado una presa —dijo Parnum.

Ella se estremeció.

—Son unos animales encantadores, pero sólo vistos en la seguridad de un zoo. Aquí, casi libres, infunden verdadero pavor.

—Eso es muy cierto —convino él—. Bien, ¿le apetece aún el café?

—No, gracias. Volveré a casa y… Me pregunto qué explicación daré al dueño del caballo.

—¿No era suyo?

—Oh, no; lo alquilé para una temporada. Mañana tendré que ir a Thomaston y se lo contaré al dueño. No querrá creerme…

—Tiene un testigo, señorita Tarnell.

—Gracias por el ofrecimiento… —Philippa le miró de pronto—. De modo que se pasa las horas muertas en ese árbol…

Parnum sonrió.

—¿Quiere que le diga una cosa? ¡Detesto este trabajo! No comprendo. Yo creí que los naturalistas eran gente que sentía una gran vocación por la vida de los animales.

—Es que yo no lo soy. Estoy aquí únicamente porque el marido de mi hermana, que sí lo es, se encuentra reponiéndose de una grave enfermedad sufrida a principios de año y aún no está lo suficientemente fuerte para pasarse una temporada al aire libre. Por tanto, me pidió que viniera aquí con la cámara y… Bien, aunque no

me guste el trabajo, sé más o menos cómo se hace, así que no me resultó difícil construir una plataforma en el árbol y enmascararla adecuadamente. De cuando en cuando, hago funcionar la cámara y eso es todo.

Philippa sonrió.

—Ahora ya estoy enterada —manifestó—. Pero ¿vive en el árbol?

—Claro que no. Tengo el coche oculto en una hondonada cercana. Al atardecer, regreso a Thomaston. Y hoy, me parece, tendré que dar la tarea por terminada antes de tiempo; francamente, no me siento con ánimos de subir de nuevo a la plataforma.

—Entonces, le propongo que venga a mí casa. Allí podré devolverle la camisa, señor Parnum.

—Acepto encantado —contestó él.

Philippa enrojeció.

—No sé qué habrá pensado usted al verme de esa forma… —He pensado que hace un tiempo espléndido y que quena disfrutar de la naturaleza —contestó Parnum llanamente. —Gracias —murmuró ella —, ¿Vamos?

* * *

Philippa vino a la sala donde aguardaba Parnum, trayendo en las manos una bandeja con una botella, vasos y un cuenco de cubitos de hielo. La muchacha había cambiado notablemente. Ahora tenía el pelo sujeto por una ancha banda azul y vestía un traje estampado, sin mangas, que confería un aire lleno de gracia y frescura. Parnum se puso en pie al verla.

—Mi sirvienta, la señora Emory, se está ocupando de su camisa —manifestó.

Parnum se tocó la que llevaba puesta. —Tenía otra en el coche —le recordó.

—Bueno, pero había que lavarla.

—Usted no la manchó apenas…

—Dice que no le gusta ser naturalista, pero su trabajo le había hecho olvidarse incluso de cambiarse de camisa —dijo ella con malicia.

—Tocado —dijo él alegremente—. Bueno, quizá unos días guste el trabajo, pero a la larga me resultaría fatigoso. —Aceptó el vaso, en el que tintineaban los cubitos de hielo y lo levantó—. Salud —añadió.

Tomó unos sorbos y chasqueó la lengua. Después, miró a su alrededor.

La sala era grande, agradablemente decorada, con muebles ya pasados de moda, pero, quizá por lo mismo, ofrecía un ambiente

confortable. En uno de los rincones divisó un piano de cola, blanco y dorado.

—¿Le gusta? —preguntó Philippa.

—Es una casa muy bonita. Y está cerca del mar.

—Y ya fuera de la zona de los pantanos. Pero no sé si la venderé.

Parnum arqueó las cejas. Ella añadió:

—Heredé la casa de una tía abuela que murió hace un par de años. En realidad, vivo fuera de aquí, pero vine a pasar una temporada de tranquilidad y, de paso, a ver cómo estaba todo. Ya me hicieron una oferta de compra, pero antes de tomar una decisión quiero meditarlo a fondo.

—Se comprende.

—Usted tampoco vive aquí —dijo Philippa.

—No. Tengo mi casa y mi trabajo en Galveston. Soy profesor en una Escuela Secundaria y aspiro a que un día me contraten en la Universidad de Houston.

—Profesor, ¿de qué?

—Historia.

—Ah, interesante. De modo que volverá a Galveston cuando empiece el curso. —Así es. —Parnum se levantó—. Bien, señorita Philippa, no quiero abusar más de su amabilidad. Cuando vaya a ver al dueño del caballo, avíseme para servirle de testigo.

—El buen hombre creerá que lo hemos soñado —sonrió ella.

—No fue nada agradable.

Hubo un momento de silencio. Luego, Parnum tendió la mano a la muchacha.

—Celebro haberla conocido, señorita Tarnell.

—Phil, se lo ruego.

—Gracias. Recuerde que me llamo Brett.

Parnum salió de la casa, frente a la cual estaba el «todo terreno» propiedad de su cuñado, con el cual había viajado desde Galveston. Cuando se disponía a subir al coche, llegó otro, del que se apeó un sujeto bajo, rechoncho y de rostro de luna, brillante por el copioso sudor que brotaba de su epidermis.

—Ah, señorita Tarnell —exclamó el recién llegado—. No sabe cuánto celebro encontrarla en casa… Tengo algo importante que decirle…

—Entre, señor Rendow —invitó la muchacha. Miró a Parnum, sonrió y agitó una mano en señal de saludo.

Parnum correspondió con un gesto análogo. Era una muchacha encantadora, se dijo, a la vez que hacía arrancar el vehículo.

Luego pensó en el tiburón y en las panteras. «Diablos, esa zona está

infestada de dientes mortíferos», pensó.

* * *

Roy Greenpine, dueño del hotel en que se alojaba el joven, abrió una botella, llenó dos vasos y ofreció uno a su huésped.

—Apuesto algo a que quiere hacerme preguntas sobre Death Swamps, Manneaux Hall y Janus Deckering —dijo.

—¿Cómo lo ha adivinado? —sonrió Parnum.

—Se le ven en la cara. Lleva ya tres días haciendo lo mismo que hace su cuñado cuando viene todos los años por aquí. A la fuerza ha tenido que ver a Deckering y a sus panteras.

—Ah, sabía que tiene unas panteras…

—Tenía también un enorme mastín, tan feroz o más que las otras bestias, pero no sé qué se hizo de él. Es un tipo muy raro, ¿sabe?

—¿Alguien podría dudarlo? —rió Parnum—. Las personas corrientes criamos gatos, perros, canarios… pero no panteras.

Previamente, no quiso mencionar el tiburón. Si Greenpine sabía algo, sería mejor que lo dijera voluntariamente, estimó.

—Eso es cierto —convino el hotelero, sonriendo—. De todas formas, aun sin esas fieras, Deckering sería un tipo raro.

—¿Por qué?

—Hombre, vive en Manneaux Hall y está al borde de Death Swamps. ¿Sabe lo que eso significa?

—Death Swamps son los pantalones de la muerte. Debe de ser por los animales feroces que moran en ellos.

—Oh, no, en absoluto. El nombre le viene de Manneaux, el pirata.

—¿Un… pirata? —Parnum abrió unos ojos como platos.

—Sí, aunque le parezca fantástico. Fue competidor del famoso Laffite, el último pirata que aún actuaba entrado el siglo XIX. Se dice que Manneaux reunió un verdadero tesoro y que lo enterró en alguna parte del pantano. Debe de ser una leyenda; personalmente, yo no lo creo. Pero muchos lo han buscado y nadie, hasta ahora, lo ha encontrado.

—¿Y por eso es Deckering un tipo raro?

—Bueno, compró hace años todos aquellos terrenos. Su propiedad llega hasta el mar. Le costaron una suma irrisoria, incluida la casa, que se caía a pedazos. Tal vez lo hizo por capricho, pero todo el mundo le cree empeñado en encontrar el tesoro de Manneaux.

—La propiedad, en sí, es un tesoro, con la cantidad de animales salvajes que viven en ella y en sus alrededores.

—Pero no puede obtener producto de esos bichos. Se lo prohíben

las leyes sobre protección a la naturaleza, aunque, si caza un ánsar para hacerlo asado, ¿quién se lo va a prohibir?

—Por lo visto, no es el único que lo hace. Hoy le oía quejarse de los cazadores furtivos.

—¿Le ha visto usted? —se asombró Greenpine.

—Pues…

Parnum no pudo continuar. Estaban hablando en el mostrador de la recepción y, de pronto, se acercó una hermosa mujer.

—La llave de mi cuarto, por favor —solicitó.

—Sí, al momento, señora Maine.

Parnum observó a la mujer con el rabillo del ojo. Era de buena estatura y cuerpo exuberante, con el pelo negro y los ojos verdosos y Henos de experiencia. Había cumplido ya los treinta, pero aún no llegaba a los treinta y cinco, calculó.

La mujer dio las gracias y se encaminó a la escalera que conducía al primer piso. Greenpine guiñó un ojo a su huésped.

—Guapa, ¿eh?

—Mucho —convino Parnum—. Forastera, supongo.

—Sí. Procede de Nueva Orleáns. Dice que es escritora y que ha venido a pasar una temporada de descanso.

—Thomaston es un pueblo muy tranquilo, en efecto.

Parnum se disponía ya a despedirse, cuando, de pronto, entró un hombre. Aparentaba unos cuarenta años y vestía desastrosamente. El sombrero estaba agrietado por algunos puntos y hacia una semana larga que su barba no conocía la navaja de afeitar.

—Roy, ¿puedes darme una copa? —solicitó el recién llegado.

—¿Qué te ocurre, Matt? ¿No eres cliente de Bill Weiss?

El sujeto hizo una mueca.

—He tenido una discusión con el —contestó evasivamente.

—Bueno, te daré una copa, pero nada más. Esto no es una taberna pública, Matt — advirtió Greenpine.

Llenó el vaso y lo puso ame el recién llegado, quien lo despachó de un solo trago.

—Gracias, Roy. Te pagaré con un conejo. Mañana —dijo.

—Matt Fuller —contestó Greenpine con severidad—, si persistes en seguir cazando furtivamente, un día te llevarás un buen disgusto. No quiero tu conejo; sólo dinero… cuando vuelvas a tomar otra copa.

—Cada uno paga con lo que puede, ¿no? —se despidió Fuller agriamente.

Cuando el hombre hubo salido, Greenpine meneó la cabeza.

—Es un desdichado… y lo peor es que hace también desgraciados a su mujer y a sus hijos. Vago, gandul… incluso ladrón, si se tercia, y

ahora, ya puede verlo, cazador furtivo.

Parnum pensó instantáneamente en la brecha de la valla de Manneaux Hall.

—Entonces, quizá Deckering tenga razón dijo.

—Sí, seguro. Mire, Deckering es un tipo que no me gusta, pero tiene derecho a que no se le moleste. Por tanto, si un día sorprendiese a Fuller dentro de su propiedad y le da un disgusto, nadie podrá reprochárselo.

—Eso es muy cierto. Bien, señor Greenpine, creo que es hora de irme a descansar.

Buenas noches.

—Buenas noches, señor Parnum.

El joven subió a su habitación, pensando en que podía haber pedido al hotelero más detalles sobre Philippa Tarnell, pero le había parecido indiscreto. Tal vez, en otro momento, si la cosa venía rodada en la conversación, tocaría el tema…

Capítulo III

Entró en su habitación y, apenas se había despejado de la chaqueta, llamaron a la puerta.

Era la señora Maine. Parnum la vio con el pelo suelto y un peinador mal sujeto, lo que permitía ver buena parte de su indudablemente hermoso escote. El camisón que había debajo, también muy escotado, era corto y las piernas se transportaban a través del peinador, bien torneadas, excitadamente atractivas y concluidas en unas zapatillas de tacón alto, adornadas con unas enormes borlas de color rojo fuego.

Ella sonreía, con un cigarrillo en la mano.

—Disculpe, señor Parnum; el gas de mi encendedor se ha agotado, no tengo repuesto y tampoco tengo fósforos…

Parnum rebuscó en los bolsillos de su chaqueta y extrajo un encendedor de tipo barato, de los de «usar y tirar».

—Quédeselo —dijo, después de encenderle el cigarrillo—. Yo tengo otro por alguna parte. Además, no soy muy fumador; a veces, me paso horas enteras sin acordarme de que existe el tabaco.

—¡Qué suerte! —exclamó la mujer—. En cambio, yo necesito tener siempre cigarrillos al alcance de la mano. De mi garganta, mejor dicho —añadió riendo—. Por cierto, soy Marsha Maine.

—Usted ya conoce mi nombre, señora Maine.

—Sí, me lo dijo Roy. También me informó que es usted naturalista.

—Naturalista suplente —puntualizó el joven—. Lo hago por el marido de mi hermana, convaleciente de una grave enfermedad.

—Adoro esa clase de filmes —dijo Marsha—. Cuando veo una película sobre la vida de los animales salvajes, me olvido de todo. Es… tan emocionante, aunque harto me imagino que, para el que filma esos episodios, debe de resultar aburrido en ocasiones. —Todo consiste en armarse de paciencia —respondió él—. Pero también su trabajo es meritorio, señora Maine.

—¿Meritorio?

—Claro. Usted es escritora. Escribir un libro debe de resultar una tarea fascinante, de la que yo no me sentiría capaz.

—Bueno, cuesta un poco al principio, pero con algo de imaginación, se sale fácilmente del apuro. Aunque a veces, fatiga y no sólo mentalmente.

—Sí, es comprensible.

—¿Piensa estar mucho tiempo en Thomaston, señor Parnum?

—Probablemente, todo el verano. Una cosa, señora Maine.

—¿Sí?

—La verdad… no querría ofenderla, pero… no me suena su nombre como autora de libros. Si me indicara un título, lo compraría mañana en la librería del pueblo…

Ella sonrió.

—Estuve hoy precisamente y me dijeron que se han agotado todos los que tenían míos y que harán un nuevo pedido. Cuando lleguen, tendré mucho gusto en dedicarle uno.

—Será un placer, señora Maine.

—Gracias por el encendedor. Buenas noches, señor Marnum.

Marsha se alejó, dejando una estela de intenso perfume, con reminiscencias orientales. Parnum cerró la puerta, meneando la cabeza.

—Una mujer realmente atractiva —murmuró, mientras reanudaba la tarca de desvestirse.

Luego bostezó y empezó a pensar en lo aburrido que iba a pasar el día siguiente, toda la jornada de luz encaramado en la plataforma del árbol.

—Cuando termine el verano, odiaré a todos los animales —se dijo al apagar la luz.

* * *

Aún era de noche y la luna se acercaba al horizonte, cuando Matt Fuller llegó sigilosamente junto a la valla y, agachándose, empezó a cortar los hilos metálicos con una cizalla.

—Siempre cacé aquí —masculló—. Ese miserable no me impedirá que cobre unas cuantas piezas…

Escaparía antes de que los disparos atrajesen al dueño de Death Swamps. Y si se ponía terco, le dispararía una perdigonada a las piernas.

Aquellas tierras habían sido siempre libres. Deckering no tenía derecho a cercarla. En cuanto a los ecologistas… Bah, unos cuantos conejos y ánsares no mermarían demasiado la población animal de la zona.

Avanzó cautelosamente, con la escopeta en las manos, después de atravesar el orificio practicado en la alambrada. Pronto amanecería y tendría luz suficiente para cazar. Lo haría rápidamente, antes de que Deckering pudiera llegar.

Delante de él, brillaban las aguas del estanque. Fuller no se percató de la cosa triangular que se movía lentamente, rasgando la quieta

superficie que parecía de plata.

Un chotacabras gritó a lo lejos. De repente, Fuller sintió una terrible sacudida en el brazo derecho, que se quedó sin fuerzas en el acto. La escopeta cayó al suelo fangoso.

Fuller, sobresaltado, se volvió. Los cabellos se le erizaron instantáneamente al ver a Deckering a pocos pasos de distancia, sujetando con la mano izquierda a las dos panteras, que gruñían sordamente.

Deckering reía diabólicamente.

—Te pillé, Matt Fuller —dijo.

El cazador fue a agacharse para recoger la escopeta, pero el látigo que le había golpeado antes, de más de seis metros de largo, chasqueó nuevamente y, enroscándose en torno a los cañones del arma, se la llevó lejos de su dueño.

—Ahora yo soy el cazador —dijo Deckering.

Fuller sintió un terrible espasmo en la garganta. A cinco pasos, los ojos de las panteras, negros como la noche, fosforescían amenazadoramente.

—Hoy tendréis buena comida, hijas mías —añadió Deckering.

Fuller presintió la suelta de las fieras y, lanzando un alarido de terror, dio media vuelta y echó a correr. Tras él sonó una demencial carcajada, que aumentó más su pánico.

El estanque, se dijo Fuller. Los felinos odiaban el agua. Se echaría a nadar. Había abundancia de plantas acuáticas en los bordes. Podría dar esquinazo a las panteras. Permanecería escondido el tiempo que fuese necesario. Incluso simularía que se había ahogado. Y hasta podría arrancar un carrizo hueco y, poniéndoselo en la boca, respirar sumergido durante largo rato.

Detrás de él sonaron unos espantosos gruñidos. Fuller no se lo pensó dos veces y se tiró de cabeza al estanque.

Las aguas se agitaron con brusquedad. La cosa triangular que se alejaba en aquellos momentos, giró instantáneamente.

Fuller nadó unos momentos bajo el agua, hasta que sintió la falta de aire. Sacó la cabeza y miró a la orilla. Ya había un poco de luz diurna. Deckering, con las panteras atrailladas, estaba junto al borde, contemplando la escena. Fuller no pudo evitar hacerle un gesto de burla, a la vez que le dirigía una obscena imprecación.

Y, en el mismo instante, Fuller sintió un seco golpe en la pierna izquierda.

Le pareció como si le hubiesen golpeado con un palo firme y delgado. Habría tropezado con algún tronco sumergido, pensó. Metió la mano y se encontró con que le faltaba la pierna, desde arriba de la rodilla.

La comprensión de lo que sucedía tardó algunos segundos en llegar a su mente. Aún tenía el brazo bajo el agua, cuando sintió un segundo golpe, análogo al anterior.

Elevó el brazo. Un horripilante alarido brotó de sus labios, al ver el muñón chorreante de sangre. ¿Qué diabólico ser moraba en las aguas del estanque?

Durante una fracción de segundo, miró a Deckering, que reía morbosamente. Luego, de pronto, Fuller sintió un espantoso dolor en el vientre.

El tiburón mordió y sacudió con todas sus fuerzas, eviscerando el cuerpo humano. Fuller entró en *shock* y perdió piadosamente el conocimiento, antes de que sobreviniera la muerte. Ya no se enteró de que el escualo lo arrastraba al fondo de las aguas.

Deckering soltó la traílla un instante.

—Quietas —ordenó a las panteras.

Los animales se agazaparon. Deckering recobró la escopeta de Fuller, que voló por los aires para sumergirse en el estanque. Luego se inclinó y soltó las cadenas.

—Vamos, a casa.

Las panteras echaron a correr, dando enormes saltos. Deckering las seguía, convenido en una sombra fantasmal.

Durante unos minutos, los habitantes del pantano permanecieron en silencio, callados por puro instinto. Luego, al saber pasado el peligro, volvieron a sus sonidos habituales. Nacía un nuevo día y la vida se reanudaba en todo su esplendor.

* * *

Parnum filmó una escena de un ánsar hembra, defendiendo sus huevos de una voraz gaviota y, casi en el mismo momento, oyó unos gemidos al pie del árbol.

Detuvo la cámara y miró hacia abajo, a través de las ramas. Divisó una forma confusa, de color leonado, que le pareció en el primer momento un puma americano. Pero aquélla no era zona de los pumas, habituales de las Montaña Rocosas. Parecía un perro malherido…

Agarró la cantimplora del agua y descendió del árbol. El can daba la sensación de hallarse completamente agotado, pero, a pesar de todo, le enseñó la dentadura al acercarse a él.

—Calma, muchacho —dijo Parnum con acento persuasivo—. No pretendo hacerte daño…

Se preguntó si el perro estaría rabioso. Pronto lo sabría.

El aspecto del animal era desastroso. Estaba lleno de mataduras y tenía señales de golpes por todas partes. El cuello, incluso, aparecía

desollado en algunos sitios. Una de sus patas aparecía sangrante y tenía un gran rasguño en la oreja izquierda.

Destapó la cantimplora y vertió agua en la boca del animal. El can bebió ávidamente.

Tarnell se atrevió a acariciarle la cabeza. La cola del perro se agitó ligeramente.

—¿Quién te habrá tratado tan salvajemente? —murmuró.

Sacó un pañuelo y lavó como pudo las heridas del perro. El can estaba quieto, comprendiendo que aquel humano sólo trataba de curarle. Al cabo de unos momentos, Parnum trepó al árbol, del que volvió a bajar con un par de bocadillos de carne picada.

El perro los devoró en un par de dentelladas. Parnum le dio más agua.

—Bien, te llevaré al pueblo y allí te curará un veterinario…

De repente, oyó una exclamación de asombro.

—¿Qué le pasa a esa pobre bestia?

Parnum se volvió. Philippa estaba a dos pasos de distancia. Un poco más lejos, divisó un caballo, sujeto a unas ramas de un arbusto.

—No lo sé —contestó el joven—. Yo estaba arriba, le oí gemir y…

La muchacha se arrodilló y acarició la cabeza del perro.

—Pobre animal —dijo—. Alguien te trató cruelmente… Si supiera quién es, le diría cuatro cosas…

—Philippa, a este perro le hacen falta algo más que palabras —manifestó Parnum—. Puesto que tiene su caballo, ¿quiere ir al coche, que está en la vaguada? Allí encontrará una caja de primeros auxilios. Algo haremos hasta que lo vea un veterinario.

—Sí, iré ahora mismo, Brett.

La muchacha se alejó. Parnum observó que el perro se había recuperado un tanto. Incluso le pareció que había gratitud en la mirada de sus grandes ojos marrones.

Era un animal fuerte, robusto, aunque en aquellos momentos se le marcaban las costillas claramente contra la piel. Cuando estuviese repuesto, volvería a ser un hermoso ejemplar de mastín. No comprendía que pudiese haber personas tan salvajes como para torturar a un perro.

—Incluso puede que lo azotasen, atado a una cadena…

Volvió a darle agua y el perro bebió, aunque sin tanta avidez. Hasta hizo un esfuerzo por levantar la cabeza, pero Parnum le obligó a estar echado.

Philippa llegó y abrió la caja de curas.

—Yo me ocupare de él —dijo.

Había mercromina y pomadas cicatrizantes. En algunos puntos, fue

preciso poner vendas. El perro soportó la cura estoicamente, sin el menor quejido de protesta. Al terminar, se suscitó un problema.

—Y ahora, ¿qué hacemos con él? —dijo Parnum.

—Me lo llevaré a casa —contestó ella resueltamente—. Lo tendré allí hasta que esté curado… y puede que me quede con él para siempre.

—Es una idea estupenda —aprobó él. De pronto, recordó algo—: ¿Ha alquilado otro caballo?

—Sí. Dije al dueño del establo… —Philippa se sonrojó—. Le dije que el otro se había metido en unas arenas movedizas y que yo pude escapar a tiempo. No me atreví a mencionar el tiburón.

—Hizo bien, nadie la hubiera creído. ¿Quién podría sospechar la existencia de un tiburón en estas marismas?

—Bueno, si el estanque tiene comunicación con el océano, la cosa no parece ya tan ilógica. Además, estas aguas son muy ricas en vida natural. El alimento no debe faltarle… sobre todo, si tenemos en cuenta que su estancia aquí debió de ser algo accidental. Ya habrá vuelto al mar, de modo que no debemos ocuparnos más de esa fiera. Ahora tenemos entre manos algo más importante.

Parnum asintió. Recorrió con las manos el cuerpo del perro y luego dijo:

No parece tener ningún hueso roto. Si lo va a tener en su casa, será mejor que vaya a buscar mi coche. De todos modos. Llame al veterinario.

—Sí, lo haré —prometió Philippa.

Más tarde, Parnum levantó en brazos al animal y lo puso en la plataforma posterior, encima de una manta doblada. Meneó la cabeza.

—Pobre perro… Ha perdido mucho peso y eso sin hablar de los padecimientos que ha debido soportar…

—Eso se ha acabado ya —dijo ella firmemente—. Nadie volverá a hacer sufrir a este animal, se lo aseguro.

Capítulo IV

El árbol era lo suficientemente alto para proporcionar una buena panorámica del terreno. Desde allí, Parnum podía alcanzar una mayor extensión y los prismáticos le servían para elegir la escena que merecía la pena ser filmada. El borde del estanque se hallaba a unos quinientos metros y podía ver su curso sinuoso e irregular, que concluía a dos kilómetros, en el océano.

En realidad, era un brazo de mar que se adentraba en unas tierras bajas de nivel. En algunos lugares, se veían islas de pequeñas dimensiones, cubiertas de una espesa vegetación, en la que anidaban muchas aves silvestres.

Los gansos y los ánades se movían casi constantemente sobre la superficie del agua. También había muchas gaviotas que acudían a un paraje excepcionalmente rico en alimentos. Pero los primeros no permanecían mucho rato en el brazo de mar y revoloteaban a otros puntos, donde había agua dulce. Aun así, pensó Parnum, habían sabido adaptarse a aquella especie de doble vida, buscando peces marinos en sus continuos buceos.

Una pareja de ánsares se movía irregularmente. Parnum pensó que se trataba de una parada nupcial y se dijo que convendría filmar la escena. Observó unos momentos más con los prismáticos y, de pronto, cuando se disponía a aprestar la cámara, vio algo que le dejó estupefacto.

Una cosa triangular se movió velozmente, trazando una raya de plata en la superficie de las aguas. La cabeza emergió una fracción de segundo, suficiente, sin embargo, para atrapar a uno de los desprevenidos ánsares, que no tuvo tiempo siquiera de emitir un graznido de protesta.

El otro se elevó inmediatamente, seguido por una cohorte de pájaros, asustados por la proximidad de la bestia peligrosa. Parnum se quedó estupefacto.

—Todavía sigue ahí…

Tal vez el escualo se había habituado a la vida en aquellos parajes, pensó. El hecho no dejó de preocuparle profundamente.

Se preguntó si sería conveniente filmar algunas escenas con el tiburón como protagonista. Bajó los prismáticos y se pellizcó el labio inferior con gesto pensativo.

Recorrió con la vista los alrededores. La alambrada de Manneaux

Hall quedaba a unos trescientos metros. Para filmar al tiburón, tendría que pasar al otro lado, pero no le agradaba la posibilidad de tener que enfrentarse de nuevo al dueño de las tierras y a sus panteras amaestradas.

Al otro lado de la alambrada, divisó movimiento de alas. Con los prismáticos, pudo ver que eran buitres que devoraban alguna carroña, justo en el borde del estanque. Aquellos animales vivían de la muerte, se dijo.

Repentinamente, una cabeza asomó por el borde de la plataforma.
—¡Hola! —saludó Philippa.

* * *

Parnum dio un ligero salto. Ella subió un peldaño más y asomó también los hombros.

—Le he sobresaltado —dijo—. Discúlpeme…

—Oh, no tiene importancia. Es que estaba viendo unos buitres, alimentándose de una carroña y me hacía reflexiones sobre la vida y la muerte. Me pilló completamente por sorpresa, eso es todo. Pero suba y acomódese como pueda. No hay mucho espacio, sin embargo.

—Suficiente —contestó Philippa. Llegó a la plataforma y se sentó sobre sus talones—. ¿Cómo va el trabajo?

—No puedo quejarme. Aquí hay para consumir decenas de miles de metros de película.

Siempre hay nuevas escenas que registrar… En el fondo, creo que empieza a gustarme.

—Lo celebro. Oiga, desde aquí se ve mejor Manneaux Hall —observó la muchacha.

—Sí, el tejado y el primer piso. Pero no me preocupo de lo que pueda pasar en aquella casa. El dueño no me es muy simpático, desde que le vi con sus panteras.

—Pues aún le resultará menos agradable cuando sepa la noticia que le traigo.

—¿Ha hecho algo malo?

—El veterinario vino esta mañana y examinó el perro. Lo encontró muy maltratado, cosa que ya sabíamos, pero aseguró que se repondría pronto. Y dijo algo que me dejó estupefacta. Es el mastín de Deckering, que dijo a algunos le fallaba hacía días.

—¿Seguro?

—El veterinario lo conocía bien y el perro también lo reconoció. No tenía motivos para mentirme. Entre paréntesis, el perro se llama «Bussy».

—Bueno, esto sí que es una noticia. ¿Cree que alguno le robó el

animal a Deckering y lo maltrató para vengarse de él?

—No lo creo. «Bussy» era terriblemente fiero y no dejaba que nadie se le acercase, sin permiso de Deckering. Al menos, eso es lo que me dijo el doctor Shawn. Olvidé decirle que es el nombre del veterinario.

—Sin embargo, ayer, con nosotros, estaba manso como un gatito.

—Bueno, el animal había padecido horriblemente, víctima de la crueldad de una persona, y se encontró con unos amigos. El instinto le hizo saber que nosotros no pensábamos causarle ningún daño.

—Es una explicación muy sensata. Con tal de que no recobre su fiereza cuando esté curado…

—Nos lo agradecerá siempre. Lo dijo el doctor Shawn.

No podía decir lo mismo de la persona que le sometió a trato tan bárbaro.

—Bueno, el caso es que «Bussy» ha caído en buenas manos. Otra cosa, Philippa, el tiburón sigue ahí.

La mirada de la joven se estremeció.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he visto. Atacó a un ánsar y se lo engulló de un solo bocado. En esos momentos usaba los prismáticos, de modo que no puedo equivocarme.

—¿Le habrá tomado afición a estos parajes?

—Quizá.

—A ver, permítame los prismáticos…

Philippa se puso los gemelos ante los ojos y exploró el estanque, siguiendo su curso hasta el mar. Luego realizó la misma operación en sentido inverso.

De pronto, fijó los prismáticos en un punto. Casi en el acto, lanzó una ahogada exclamación.

—Oh, no… No puede ser… ¡Qué cosa tan espeluznante!

Parnum se alarmó.

—¿Qué es, Philippa?

Las manos de la muchacha temblaban al devolverle los gemelos.

—Allí… esos buitres… Estaban devorando un cuerpo humano —dijo con voz desfallecida. Parnum asestó los gemelos hacia un punto que ya había examinado antes. Había menos buitres y era más fácil captar mejor los detalles. La muchacha tenía razón, se dijo, mientras contemplaba el cráneo casi mondo y parte de la osamenta del tórax que se hallaban entre los carrizos de la orilla.

* * *

Habían abandonado el árbol y caminaban hacia la valla. Parnum se

preguntó si debería atravesar la alambrada. Philippa, a su lado, se sentía muy nerviosa.

Después de llegar junto a la valla, caminaron paralelamente a la misma unos ciento cincuenta pasos. En aquel lugar, el borde de la tierra firme quedaba a unos cincuenta metros escasos.

Los buitres levantaron el vuelo con ruidoso aleteo. Philippa vio aquellos restos y volvió la cabeza bruscamente.

—No puedo mirar —dijo.

Parnum se dio cuenta de que estaba viendo solamente una parte de un cuerpo humano: la cabeza y los hombros, casi completamente descarnados, además del brazo derecho. El izquierdo estaba amputado en las inmediaciones del codo.

Las cuencas de los ojos estaban vacías. Aún había algo de carne en la cara, pero los dientes asomaban en una mueca macabra. Le hubiera gustado estar al otro lado, para arrastrar aquellos restos más al interior, pero no tenía ganas de conflictos con Deckering. —Philippa, tenemos que volver —dijo—. ¿Hay teléfono en su casa?

—Sí…

—Entonces, llamaremos al comisario de Thomaston o quienquiera que represente la autoridad. Nosotros no podemos traspasar los límites de una propiedad privada.

—Tiene razón. Vamos, Brett: empiezo a sentirme mal.

Un cuarto de hora más tarde, entraban en la casa. Parnum se fue directamente al teléfono. Al terminar, se enfrentó con Philippa.

—El comisario vendrá enseguida —informó—. Usted puede quedarse en casa; yo le acompañaré al lugar donde están los restos.

—Está bien. ¿Quiere tomar algo?

—Antes me gustaría ver a «Bussy». ¿Dónde está?

—Sígame, por favor.

El perro se hallaba en una de las habitaciones posteriores, tendido sobre un pequeño colchón. Al ver entrar a la pareja, alzó la cabeza y meneó la cola.

Parnum se arrodilló a su lado.

—«Bussy», tienes un aspecto mucho mejor —dijo, acariciándole la cabeza—. Pronto estarás bien y podrás corretear por los campos con tu ama.

—El doctor Shawn dijo que debemos dejarle cierta libertad de acción —explicó Philippa—. La puerta está abierta. Podrá salir cuando se sienta él mismo en condiciones.

—Magnífico.

Volvieron al salón. La sirvienta trajo café. Philippa llenó las tazas.

—Empiezo a sentirme nerviosa —confesó—. Un caballo devorado por un tiburón, las panteras, el pobre «Bussy» torturado… y, para

remate, esos restos humanos…

—Bueno, siempre está a tiempo de marcharse —sonrió él.

—No. Quiero pasar aquí una temporada. El lugar es muy agradable, a pesar de la proximidad de Death Swamps. Bueno, proximidad relativa, ya que son casi cinco kilómetros…

—Pero tiene la playa muy cerca —observó Parnum, a la vez que se acercaba a una de las ventanas de la sala.

—Esa es la ventaja —admitió la muchacha.

La casa se hallaba sobre una pequeña elevación del terreno, de unos veinte metros, y la playa estaba a unos cien. A la derecha sobresalía un promontorio rocoso, que se adentraba casi trescientos metros en el mar.

El ambiente allí era diametralmente distinto. Parnum pensó que, si tuviese dinero, compraría la propiedad. Y entonces recordó algo.

—¿No le han hecho ofertas de compra de la casa? —preguntó.

—Oh, sí. Precisamente el otro día estuvo Rendow, con una nueva proposición. Pero sigo sin acceder: ni el precio me parece suficiente ni Rendow me ha caído simpático. Por si fuese poco, quiere comprar por mandato de un tercero, pero se niega a darme el nombre de esa persona. Y en tales circunstancias, no quiero vender.

—Si no lo hace a gusto y puede pasarse sin ese dinero, no venda —convino Parnum.

Un *jeep* se detuvo súbitamente ante la casa y una mujer se apeó del mismo. Tenía unos cuarenta años y era rolliza y de movimientos enérgicos. Parnum, atónito, vio su camisa con bolsillos, la falda de color caqui y la insignia sobre el voluminoso seno izquierdo.

—¡Atiza! ¡El comisario es una mujer! —exclamó.

Capítulo V

—¿Dónde está el cadáver?

—Querrá decir, parte del cadáver —rectificó Parnum, junto a la valla.

Philippa se había quedado en casa. Él había ido con el comisario Daisy Looth hasta el lugar donde habían visto aquellos horripilantes restos. Daisy se mostró escéptica en el acto.

—Yo no veo nada, señor Parnum —dijo.

El joven se quedó parado.

—No puedo equivocarme; éste es el lugar —exclamó.

—Bien, por el momento, no veo nada que indique un accidente o un crimen. De todos modos, voy a otorgarle el beneficio de la duda, señor Parnum.

—¿Sí, comisario?

—Llámeme Daisy, como todo el mundo. Tal vez vieron restos de un hombre perecido en algún naufragio; en estas costas, a veces se han visto cosas rarísimas. Pero, aunque las mareas no son muy altas, el agua puede ascender más de un metro. ¿Le parece que el borde está más cerca de la valla?

—Creo que sí —respondió el joven, tras una ligera vacilación—. Es posible; si ha subido la marea, esos restos, en posición inestable, se irían al fondo…

—No tengo la menor duda de que ha sido así. Bien, veré en mi oficina si tengo algo sobre una persona desaparecida hace tiempo. Porque si la muerte fuese reciente, el cuerpo habría estado casi intacto.

Parnum no quiso mencionar el tiburón. ¿Y si aquel desdichado había perecido en las fauces del escualo?

—Le agradezco su comprensión, Daisy —sonrió—. Créame, lamento infinito haberla hecho venir hasta aquí.

Ella movió su regordeta mano.

—Me pagan para esto —dijo. De pronto, frunció el ceño—. Aunque, tal vez… No, no puede ser…

—¿Qué es lo que no puede ser, Daisy? —preguntó él, curioso.

—Usted no lo conoce. Se trata de Matt Fuller, un tipo nada recomendable. La vergüenza de Thomaston, para decirlo bien claro.

—Pues, sí, Jo conocí hace algunas noches, aunque no hablé con él. Entró en el hotel y le pidió un trago a Roy. Dijo que le iba a pagar con

un conejo que cazaría al día siguiente…

—El muy imbécil —gruñó Daisy—. Ese tipo ha desaparecido de su casa hace dos días y no se tienen noticias suyas. Es capaz de haberse metido de bruces en una zona de arenas movedizas y desaparecer sin dejar el menor rastro.

—Oiga, si era un cazador furtivo, como parecía, debía de ser conocedor de la comarca. Un tipo así no caería en las arenas movedizas.

—Oh, en este mundo todos cometemos errores. Estos parajes no son seguros, señor Parnum. Hay un brazo de mar, muchos manantiales subterráneos… Donde hoy está la tierra firme, mañana pueden surgir las arenas movedizas y viceversa. Y si no, ¿por qué cree que le dieron el nombre?

—Tal vez en honor de Manneaux, el pirata —sonrió Parnum.

—Bah, son historias sin fundamento —contestó Daisy desdeñosamente—. Ni pirata ni tesoro ni cosa que se le parezca. Sólo agua, fango, carrizos, animales salvajes, serpientes de cascabel, serpientes «mocasín»… Los amigos de la Naturaleza quieren preservar estos parajes, pero yo les pegaría fuego muy gustosamente si pudiera. Y a esos ecologistas también.

Parnum sonrió ante la exuberancia verbal de la comisario. Daisy parecía haberse disparado.

—Hablan mucho de preservar la naturaleza, de prohibir las centrales nucleares, de evitar la contaminación…; pero en cuanto acaban de protestar, se van tan tranquilos a su casita, donde tienen su frigorífico, su televisor, lavadora automática, aire acondicionado, garaje para su buen coche… Oiga, sin electricidad, ¿qué harían esos tipos?

—Pregunte mejor qué haríamos nosotros, Daisy.

—No quiero imaginármelo. Señor Parnum…

—Brett, se lo ruego.

—Está bien, Brett. ¿Le llevo al pueblo?

—Tengo mi coche junto a la casa de Philippa —contestó él.

—Una buena muchacha —eligió la comisario—. Bien, respecto a esos restos humanos, haré lo que pueda.

—Gracias, Daisy.

Se acomodaron en el *jeep*. Parnum le hizo una pregunta:

—¿Cómo se le ocurrió aceptar el puesto, Daisy?

—Oh, en realidad, era mi marido. Pero murió en un tiroteo con unos forajidos. —La voz de Daisy perdió un poco de vehemencia—. Era un hombre magnífico…

—Lo siento.

—No se preocupe, Brett. La vida tiene estas bromas pesadas. La

gente me conocía y sabía que soy enérgica y poco amiga de componendas, así que me ofrecieron el puesto y lo acepté. Necesitaba el dinero del sueldo, por otra parte; mi esposo no había estado lo suficiente en el cargo para dejarme una pensión. Y tengo una hija que pronto ingresará en la Universidad.

—¡Tan joven!

—Claro, sólo tiene dieciocho años.

—Yo me refería a usted, Daisy.

Daisy le miró de reojo.

—Jovencito, no me halague —dijo—. No me gustan los conquistadores.

—Antes dijo que le gustaba la sinceridad, Daisy. Yo soy sincero.

Ella se echó a reír. Sus senos se bambolearon con los movimientos provocados por la hilaridad.

—Empieza a gustarme, Brett. En el buen sentido de la palabra, claro.

—Me alegro mucho, Daisy.

Poco después, se despidieron. Parnum entró en la casa, para dar cuenta brevemente de lo que había sucedido.

—¿La marca? —dudó Philippa. Estamos en el golfo de México. Las marcas aquí no son muy altas…

—Hay otra explicación —dijo él.

—¿Sí?

—Algún ave de rapiña cargó con los restos y se los llevó a algún lugar donde pudiera darse un banquete sin competidores.

Philippa hizo un gesto de repugnancia.

—No sé si podre cenar esta noche…

—Su estómago no tiene la culpa de lo sucedido —se despidió él.

* * *

Roy Greenpine destapó la botella y llenó el vaso de su huésped. Luego hizo lo propio con el suyo.

—Es usted más agradable que su cuñado, y perdone la franqueza —dijo Greenpine—. Oh, no es que el señor Marleigh fuese un tipo envarado y antipático. Pero no era tan comunicativo, usted ya me entiende.

—Son caracteres — sonrió Parnum—. Él se siente más absorbido por su trabajo, eso es todo.

—¿Y puede hacerlo usted en su lugar?

—Bueno, yo registro muchísimos más metros de película, ya que soy inexperto. Pero el gasto superior queda compensado porque él

elegirá después lo aceptable y así no perderá tanto dinero. De otro modo, no ganaría absolutamente nada y quiere cumplir con su contrato.

—Eso lo explica todo —dijo Greenpine—. Estará hasta setiembre, me imagino. —En efecto, si no ocurre nada. Si no me echan las panteras de Manneaux Hall, por ejemplo.

—¿Las ha visto usted?

—Sí, casi tan cerca cómo le estoy viendo a usted. Son unos animales que infunden pánico.

—Lo creo. Yo también las vi en una ocasión. Deckering las trajo en su coche descubierto, pero Daisy le hizo volverse inmediatamente. Es una mujer que parece un hombre en algunos aspectos. Deckering se cree el amo del mundo, pero tuvo que volverse con las orejas gachas. Daisy le dijo que si las traía otra vez al pueblo, las confiscaría y las enviaría a un zoo.

—Así que Deckering se «arrugó».

—Sabía que Daisy podía hacerlo y está loco por sus panteras. Las crió él; la madre no podría haberlo hecho mejor. Creo que las tiene incluso antes de que abrieran los ojos.

—Cuidarán bien de su propiedad —repuso Parnum.

—Le diré una cosa: se acabaron los cazadores furtivos en Death Swamps.

—Vaya… Bueno, todos menos uno. Matt Fuller, creo.

—Matt es un irresponsable.

—O era. Ha desaparecido.

La puerta se abrió en aquel momento y entró Marsha Maine.

—Buenas noches —saludó la mujer—. ¿Mi llave, Roy?

—Sí, señora Maine, al momento.

Marsha lanzó una mirada al joven y subió al primer piso, con lentos y provocativos movimientos de sus ampulosas caderas. Greenpine soltó una tosecita.

—Ejem… ejem…

—No sea mal pensado, Roy —sonrió el joven.

Greenpine se puso las manos en el pecho.

—Soy un hombre liberal por naturaleza y no critico lo que hagan los demás, mientras no causen daño a otras personas. Además… mi mujer y yo dormimos en la planta baja… —Roy, Roy —dijo Parnum riendo Greenpine se inclinó hacia adelante.

—Busca camorra, bueno, usted ya me entiende. No sea tonto y aprovéchese, hombre. Si yo no estuviera casado… —El hotelero suspiró—. Esa escritora iba a saber lo que era bueno…

—Pero ¿de veras es escritora?

—Lo dice ella, ¿por qué había de dudarlo?

—Sí, tiene razón.

—Ha venido a descansar y se pasa el día entero fuera, en el campo. O en la playa, no sé.

En todo caso, además de guapa, es amable y simpática.

—Creo que es hora de descansar. Buenas noches, Roy.

—Buenas noches, señor Parnum —contestó Greenpine.

Parnum subió a su habitación y se despojó de la chaqueta. De nuevo y, sin poder evitarlo, volvieron sus pensamientos al estanque, al tiburón y a los restos humanos que habían visto él y Philippa.

También recordó a las panteras y se estremeció. De pronto, concibió una hipótesis que le hizo sentir el vello de punta.

Pero entonces llamaron a la puerta.

Como se imaginaba, era la escritora.

* * *

Marsha le tendió algo.

—Le he comprado un encendedor nuevo —dijo.

Estaba ataviada tan espectacularmente como en la anterior ocasión. Parnum recordó las palabras de Greenpine. «Busca camorra.» ¿Era cierto?

Al tomar el encendedor, apreció que era nuevo y de mucha mejor calidad que el que le había prestado noches antes.

—No puedo aceptarlo —declaró—. Es como devolver ciento por uno…

—Me hizo un gran favor —dijo Marsha—. Acéptelo, se lo ruego.

—Si insiste… Se lo agradezco de veras, señora Maine, aunque sigo pensando que no debió haberse molestado.

Marsha paseó la mirada por el interior de la estancia.

—Estoy observando que es usted un hombre morigerado. Ni siquiera tiene para invitarme a una copa —dijo.

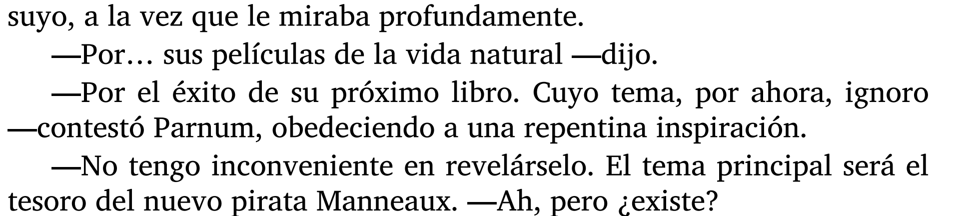
—Lo siento, no se me ocurrió.

—Pero yo sí tengo en mi habitación. Y también hielo. ¿Me acepta un trago?

Parnum supo que el acto que no podía negarse y sonrió.

—Desde luego.

Marsha se había ataviado como la otra noche. El peinador se abrió apenas estuvo en su habitación y Parnum se dio cuenta de que era una acción enteramente deliberada. El camisón era cortísimo. «Si se agachase vuelta de espaldas a mí, le vería…», pensó. Los cubos de hielo tintineaban en los vasos. Marsha le entregó uno y levantó el


suyo, a la vez que le miraba profundamente.

—Por… sus películas de la vida natural —dijo.

—Por el éxito de su próximo libro. Cuyo tema, por ahora, ignoro —contestó Parnum, obedeciendo a una repentina inspiración.

—No tengo inconveniente en revelárselo. El tema principal será el tesoro del nuevo pirata Manneaux. —Ah, pero ¿existe?

—La esperanza de que algo exista es tan atractiva como la misma existencia real de esa cosa. En Thomaston y sus alrededores viven personas que conocen detalles de Manneaux, por sus antepasados.

—Tradición oral se llama a eso —dijo Parnum.

—Sí. Y el libro puede resultar interesante. Aunque más lo sería, si se encontrase el tesoro.

—¿Cuál es su opinión personal sobre el asunto?

—Un setenta y cinco por ciento a favor de la realidad del tesoro.

—Es decir, cuatro a uno.

—Sí, exacto.

—¿Tiene alguna pista?

—Ciertamente, aunque permitirá que me la reserve, en gracia al secreto profesional. —Oh, no quería hacerle la competencia, señora Maine. Soy hombre fácil de contentar y me siento a gusto con lo que tengo.

—Eso le hace muy atractivo, Brett. Es su nombre, ¿verdad?

—Sí.

—Y es naturalista.

Parnum le explicó por qué estaba en Thomaston. Marsha se sintió admirada.

—Yo no podría pasarme diez minutos siquiera observando si un pájaro va o no a conquistar su hembra. Soy muy inquieta.

—Pero también tenaz.

—¿Por qué lo dice?

—Investigar para obtener materiales para su libro es cosa de paciencia, y eso es tenacidad.

—Bueno, es distinto. Mi profesión, ¿comprende?

—Desde luego. Aunque… —mintió él—, todavía no he encontrado ningún libro suyo…

Marsha lanzó una risita.

—Soy una tonta —dijo—. Olvidé decirle el seudónimo que utilizo casi siempre. Pearl Painted.

—Perla Pintada —tradujo él—. Es bonito. Mañana buscaré en la librería del pueblo.

Parnum apuró su copa y la dejó encima de una consola. Marsha adelantó la pierna izquierda fuera del peinador, redonda, de piel

blanquísima, terriblemente excitante.

—¿Tanta prisa tiene? —dijo, mirándole a través de los párpados entornados.

Parnum no era hombre insensible a los encantos femeninos, pero a veces sentía cierta aprensión hacia determinadas situaciones. Marsha resultaba innegablemente atractiva y había desplegado todo su poder de seducción, pero en sus actos y en sus palabras encontraba una nota falsa, que no sabía a qué achacar. Decidió esperar. Quería saber más de la escritora. «Si es que realmente lo es», se dijo.

—Discúlpeme, Marsha; pero tengo que madrugar mucho. He de estar en el puesto de observación antes de que salga el sol.

—Oh… —Ella mostró claramente su decepción—. Entonces, tiene que acostarse pronto.

—Sí señora… Gracias por la copa… y por el encendedor. Buenas noches.

—Buenas noches, Brett.

En la soledad de su dormitorio, Parnum dejó escapar un largo suspiro. No conocía exactamente los motivos, pero estaba seguro de haber obrado bien al resistir la tentación.

—De buena me he librado —se dijo, al apagar la luz.

Capítulo VI

La semana siguiente transcurrió sin incidentes. Parnum enviaba regularmente los rollos de película impresionados, por lo general, cada dos días. Su cuñado, aunque convaleciente, podía ocuparse perfectamente de que los positivaran y examinar luego los resultados en la moviola. La actividad en Death Swamps no cesaba un solo momento.

El pantano bullía de vida. Parnum había podido ver que nada era igual a lo que sucedía un minuto antes. Y también había podido observar un detalle estremecedor: el tiburón parecía haber tomado afición a la zona y acudía al estanque con cierta frecuencia.

Al finalizar aquella semana, Parnum vio flotando sobre las aguas unos restos que llamaron su atención. No tardó en darse cuenta de que había sido en vida un gran carnero. Pero no había rebaños en aquellos parajes. ¿De dónde había salido la bestia?

De pronto, cuando más distraído estaba filmando la lucha de dos ánsares machos por conseguir los favores de una hembra, oyó una voz a la altura de la plataforma.

—Ah, todavía está aquí.

Parnum movió una mano, mientras seguía con el ojo aplicado al visor de la cámara.

—No me he marchado, pero aguarde un momento, por favor.

Philippa se izó en silencio. Cinco minutos después, Parnum detuvo el motor de la cámara y se volvió hacia ella.

—Bueno, listo. Ha ganado el macho más fuerte. El otro se ha retirado con el rabo entre piernas… Perdón, como se trata de ánsares, la frase no es correcta —dijo jovialmente.

—Parece que le ha tomado gusto al oficio —comentó ella.

—Hombre, quizá una temporada… Y me va muy bien para la salud; prácticamente, me paso el día al aire libre… Por cierto, ¿cómo sigue «Bussy»?

—Oh, estupendamente. Casi se podría decir que está ya recuperado. Y' me ha tomado afecto, ¿sabe?

—No me cabe la menor duda. Cualquiera que la conozca a usted, la tomará afecto muy pronto.

Philippa se ruborizó.

—Es una frase muy bonita —contestó—. Brett, todavía estoy preguntándome quién podría ser el desgraciado cuyos restos vimos en

el estanque.

—No se ha sabido aún. He hablado con Daisy, la comisario, y dice que aún lo ignora. Los indicios apuntan hacia Fuller, del que se sigue sin saber aún nada. Pero no es seguro, claro.

—Pobre hombre…

—Philippa, aunque es evidente que no siempre se pueden vencer las dificultades que nos salen al paso, no es menos evidente que un hombre también puede fabricarse buena parte de su propio destino. Fuller, cuya muerte deploro sinceramente, era una persona abúlica, indecisa, incapaz de tomar una decisión medianamente satisfactoria. Quizá, por ese mismo carácter, resultaba también violento en ocasiones. La violencia es una forma de ocultar la propia debilidad, ¿comprende?

—Sí, pero ¿a qué viene todo eso?

—Muy sencillo: si Fuller murió en el pantano, fue por su culpa. Como dijo aquél, él se lo buscó. ¿Por qué no se procuraba un trabajo digno y honrado?

—No sea duro; no todas las personas saben ser fuertes.

—Pero se les puede exigir un mínimo de honestidad y amor propio.

—Eso sí es cierto —convino la muchacha—. ¿Me permite? —dijo de pronto, alargando la mano hacia los prismáticos.

Philippa escrutó el panorama durante unos momentos. De pronto, Parnum vio que el cuerpo de la muchacha se ponía tenso.

—Brett —dijo ella a media voz—. Nos están observando.

* * *

Manneaux Hall estaba a unos dos mil quinientos de distancia en línea recta. Desde el árbol, se podía ver el tejado y las ventanas del primer piso. En una de las buhardillas, se divisaba un sujeto, situado tras un telescopio apoyado en un trípode.

Los prismáticos, de dieciséis aumentos, hacían que las imágenes quedasen contempladas a una distancia apenas superior a los ciento cincuenta metros. Parnum creyó ver que el sujeto que les observaba era de grandes dimensiones y de raza de color.

—¿Sabe si Deckering tiene algún criado negro? —preguntó.

—No —contestó ella—. No es negro, sino melanesio… Bueno, de alguna de las islas del Sur. Un canaca, creo. Pero apenas se le ve por el pueblo y yo, desde luego, no le he visto jamás.

—Bien, en tal caso, el canaca es el observador.

Parnum bajó los prismáticos.

—No hay que tomárselo demasiado en serio —dijo—.

Simplemente, Deckering es un tipo desconfiado y hace que su criado nos vigile, aunque también, me imagino, debe de vigilar la propiedad, para evitar la presencia de intrusos no deseados en su… territorio.

—Puede ser… —Philippa lanzó súbitamente un grito—. ¡Brett, el tiburón!

Parnum volvió la cabeza. Sobre la espejeante superficie del estanque se divisaba la aleta triangular, que trazaba una línea errática.

—¿Sabe lo que me recuerdan esos movimientos del tiburón? —dijo la muchacha—. ¿Recuerda la frase de «el león enjaulado»?

Parnum entornó los ojos.

—El león enjaulado… —repitió—. No es lógico que un tiburón ronde tanto por estos parajes. Son criaturas de mar abierto, amantes de los grandes espacios. Pero aquí no dispone de mucho para moverse, aunque parezca lo contrario. Dos kilómetros de brazo de mar no es nada para un escualo.

—Bueno, pero, entonces, ¿qué es lo que lo retiene?

Parnum hizo un gesto con la mano, a la vez que se apoderaba del sombrero blando que solía utilizar al descubierto.

—Vamos a verlo —propuso.

Descendieron por la escalera y caminaron en dirección a la costa, bordeando el irregular brazo de mar, cuya pista perdían en ocasiones, debido a la gran cantidad de plantas que crecían en aquellos parajes. Pero no tardaron en situarse de nuevo en el borde.

—Es un accidente muy curioso —dijo Parnum—. Sin duda, existe una depresión que permite la entrada de las aguas del mar hasta gran distancia y, al mismo tiempo, tiene profundad más que suficiente para que el tiburón pueda vivir sin problemas.

Poco después avistaban la orilla. En aquel punto, estaba relativamente elevada con respecto al océano, y la tierra firme terminaba en un pequeño talud de tres o cuatro metros de altura. El mar penetraba a través de un desfiladero de unos treinta metros de anchura. Las señales de la marea eran evidentes.

De pronto, Philippa tendió un brazo.

—¡Ahí viene!

El tiburón llegaba raudamente desde el interior. Parnum se acercó al borde iodo lo que pudo.

—Ahora saldrá a mar abierto —dijo.

Pero se equivocaba. La fiera llegó al final del desfiladero y, con un violento coletazo, viró en redondo y se alejó por donde había venido.

—No lo comprendo —murmuró Philippa—. Estaba en la salida y no ha querido marcharse…

En aquel instante, Parnum divisó algo que llamó su atención.

—Philippa, vigile —dijo.

Agarrándose a las plantas, bajó por el talud y metió las piernas en el agua. Luego, inclinándose profundamente, hasta sumergir también la cabeza y los hombros, alargó los brazos y tocó algo duro y redondo.

Se irguió, satisfecho pero también desconcertado. Súbitamente, la muchacha lanzó un grito de aviso:

—¡Que viene, Brett!

Parnum trepó por el talud más que aprisa. La aleta dorsal del escualo llegaba con la velocidad de una flecha. Al llegar arriba, Parnum se sentó en el borde.

—Hay una red de acero —dijo.

Hubo un largo momento de silencio, durante el cual los dos jóvenes observaron las evoluciones del tiburón, que no parecía resignarse a su cautividad. Pero al cabo de un rato, el escualo volvió a girar y se marchó hacia arriba.

—Brett —murmuró ella—, ¿quién puso la red?

Parnum la miró fijamente.

—Creo que podemos imaginárnoslo sin dificultad —contestó.

—Sí. El, no cabe duda. Pero ¿por qué?

De nuevo volvieron a guardar silencio. Al cabo de un rato, Philippa dijo que era hora de regresar.

El sol era una bola de fuego que ya empezaba a enrojecer. Cuando iniciaba el camino de vuelta, ella se volvió hacia Parnum.

—¿Le gustaría ver a «Bussy»? Seguro que el perro se alegrará, Brett.

—Bien, aunque me parece que ya será un poco tarde…

—En tal caso, le invitaré a cenar —sonrió la muchacha.

Parnum entendió que Philippa necesitaba un poco de compañía, a fin de aliviar la tensión y accedió sin hacerse rogar de nuevo.

—De acuerdo —contestó.

* * *

El aspecto de «Bussy» había cambiado radicalmente. Empezaba a echar pelo en las zonas despellejadas y caminaba casi con normalidad. Había ganado también peso y pronto volvería a ser el espléndido animal que había sido antes de ser torturado salvajemente.

Cuando volviese a la completa normalidad, pesaría no menos de setenta kilos, se dijo Brett, mientras acariciaba la cabeza del perro, que parecía muy contento de ver a su salvador. Setenta kilos de músculos y huesos… y con una dentadura estremecedora, tan poderosa o más que la de las panteras.

—Me aprecia mucho y obedece en el acto —dijo Philippa, mientras

la señora les servía la cena.

«Bussy» estaba echado sobre la alfombra, junto a la muchacha. De pronto, Parnum pensó en el anterior dueño del can.

—¿Sabe Deckering que lo tiene usted en su casa? —preguntó.

—No, ni me importa en absoluto.

—Podría reclamárselo.

—No se lo entregaré. Estoy convencida de que fue él quien lo apaleó tan despiadadamente…

En aquel momento, llamaron a la puerta. La sirvienta acudió a abrir y volvió a los pocos momentos.

—Es el señor Rendow —anunció—. Dice que es muy urgente, señorita.

—Está bien, le atenderé… Quieto ahí, «Bussy».

El perro volvió a tenderse. Philippa salió, pero la puerta del comedor quedó abierta. Parnum pudo así escuchar el diálogo de la muchacha con el visitante.

—Le traigo una nueva oferta, señorita —dijo Rendow—. Cinco mil dólares más sobre la cifra que mencione en nuestra última entrevista.

—Es inútil —contestó ella—. No tengo intención de vender en absoluto. Dígaselo así a su representante. Y, por favor, si ha de ser con ese objeto, no vuelva más por aquí.

—Pero, señorita, es una oferta interesantísima…

—Señor Rendow, acabo de decir mi última palabra sobre el asunto.

—¡Oh, qué terca es usted! —dijo el sujeto, exasperado—. Terca y hasta estúpida…

—¡Señor Rendow! —gritó ella.

«Bussy» se puso súbitamente en pie y caminó hacia la puerta del comedor. Parnum, alarmado, corrió detrás del animal y lo alcanzó cuando ya estaba en el umbral.

Rendow lo vio y dio un salto.

—¡Eh! ¿Qué hace aquí el perro del señor Deckering? —exclamó, alarmado.

Parnum sujetaba al animal por la piel del cuello, ya que no tenía collar. Philippa miró de reojo a su visitante.

—Conque es Deckering quien desea comprar mi casa —dijo.

—Señorita, yo no he mencionado ningún nombre…

—Usted no es de Thomaston. ¿Por qué tendría que conocer al perro?

Rendow apretó los labios y se encasquetó de un golpe el sombrero.

—Está bien, me marcho —anunció—. Creo que la siguiente proposición le será formulada por el señor Deckering en persona.

—Recibirá la misma respuesta —dijo Philippa con glacial acento.

Rendow salió dando un portazo. La muchacha se volvió hacia su invitado.

—¿Para qué querrá Deckering mi casa? —se extrañó—. Tiene una propiedad inmensa y, por lo que sé. Manneaux Hall es aún mucho mejor que esto…

—Es un tipo muy raro, no le dé más vueltas —contestó Parnum—. Pero, sin lugar a dudas, ha quedado demostrada una cosa: «Bussy» es el mejor defensor que podría tener usted en caso de apuro.

Philippa sonrió.

—Es cierto —repuso—. Y, no sé por qué, pero me alegro de habérmelo quedado.

Aunque sí se entera Deckering…

—En tal caso, le propongo una solución.

—¿Sí, Brett?

—Deje que sea el propio «Bussy» quien decida. Tengo la plena convicción de que no volverá con su antiguo dueño.

Ella hizo un ligero gesto de aquiescencia.

—Yo también lo creo así, Brett —contestó.

Capítulo VII

Aparentemente tranquilo, Deckering contempló al trasluz el contenido de la copa que tenía en la mano. Sentado en una butaca, Rendow se enjugaba con un pañuelo el abundante sudor que cubría su frente.

—Esa chica se niega rotundamente a vender —dijo—. Yo ya he hecho todos los posibles…

—Temo que no, amigo mío. Cuando le elegí a usted, me dijo que era capaz de vender frigoríficos a los esquimales, estufas a los congoleños y… con dinero suficiente, hasta podría convencer a los franceses de que le vendieran el museo del Louvre. Pero ha fracasado en comprar una casa que, en el mejor de los casos, no vale más allá de treinta mil dólares.

—Oiga, no le voy a poner una pistola en el pecho, ¿verdad?

—Entonces, si no es así, ¿de qué le sirven sus dotes de persuasión?

—No sé qué decirle, créame. Esa chica es un muro… y usted no me permite elevar la cifra…

—Si ofreciese más, podría sospechar.

—¿Por qué no le ofrece una participación?

—¡No!

Por primera vez, Deckering parecía haber perdido su calma y la respuesta fue hecha en un tono evidentemente colérico. Rendow se encogió de hombros.

—Entonces, desisto —dijo—. No se puede comprar por cinco lo que vale mil. Si usted lo desea tanto, vaya a verla en persona.

—Tal vez lo haga —contestó Deckering.

—En tal caso, tenga cuidado con el perro.

—¿Qué perro?

—Ella tiene a «Bussy».

Deckering le miró con ojos llameantes.

—Está loco. «Bussy» se escapó y murió en los pantanos.

—No. Conocía bien a aquella fiera. Está en casa de Philippa y se porta con ella tan mansamente como si lo hubiese criado.

—Conque ésas tenemos, ¿eh?

De pronto, Deckering se acercó a la mesa y tocó un batintín oriental. A los pocos segundos, apareció un sujeto gigantesco.

—¿Amo?

—Hanako, «Bussy» está en casa de la señorita Tarnell.

En canaca sonrió. Rendow cerró los ojos para no ver aquellos horribles dientes, limados triangularmente.

—El amo querrá recobrarlo, sin duda —dijo.

—Sí, pero ya hablaremos luego del particular. Retírate, Hanako.

—Sí, amo.

El canaca salió. Rendow agarró su copa y la vació de un trago.

—Ese negro me pone nervioso —confesó.

—¿Tiene miedo de que le devore?

—Es un caníbal…

—Ha abandonado el vicio, pero sólo por falta de «materia prima».

—¡No hable así! —estalló Rendow—. Si de mí dependiese, pegaría dos tiros a esa fiera de dos patas…

—Olvídelo, Mike. Si, está nervioso; lo mejor será que se vaya a descansar —propuso Deckering.

Rendow abandonó la estancia, mascullando entre dientes. Deckering era un tacaño, se dijo, mientras subía al primer piso. Si él dispusiera de la suma suficiente… Con los datos de que Deckering disponía, era para pagar hasta cien mil dólares…

De pronto, se le ocurrió una idea. Él tenía un buen amigo, que podía prestarle aquella suma. Incluso le daría el cincuenta por ciento de los beneficios. Rebañando su cuenta corriente, conseguiría veinte mil dólares. Y Philippa cedería cuando oyese la cifra de cien mil, aunque empezaría por una más baja, naturalmente…

Pasada la medianoche, descendió a la planta baja y fue al despacho. Levantó el teléfono y marcó un número. Cuando hubo establecido la comunicación, habló en voz baja, procurando en primer lugar acallar las protestas de la persona que se hallaba al otro lado de la línea.

—Cierra el pico, estúpido… Oye bien, voy a hablarte de un negocio de millones… Sí, millones, así como suena… Hijo de… No estoy loco ni he bebido; estoy cuerdo como tú…

Pero necesito ochenta mil «pavos»…

De pronto, se cortó la comunicación.

Rendow golpeó la horquilla repetidas veces.

—Sam, Sam… ¿Qué diablos te pasa? ¿Por qué no me contestas? —Apretó los dientes, lanzó una maldición y añadió—: Ese bastardo me ha colgado…

De nuevo marcó el mismo número. Entonces se dio cuenta de que no había línea.

El hilo estaba cortado.

Arroyos de sudor corrieron por sus sienes y su cuello.

Repentinamente, presintió la presencia de otra persona en la estancia.

Muy despacio se volvió y divisó al gigantesco polinesio a dos pasos de distancia.

Deckering se hallaba en la puerta y sonreía como un demonio.

—Me figuré que querría traicionarme —dijo—. Y, amigo Mike, lo que hay en Casa Larga es para mí.

Hanako dio un paso. Otro, otro…

Rendow retrocedió, hasta que sus caderas chocaron contra el borde de la mesa.

Entonces, Hanako alargó ambas manos y agarró al sujeto por los hombros.

—¡No, no! —chilló Rendow, enloquecido por el pánico.

La boca del canaca se abrió y los dientes brillaron, ominosos, afilados. De súbito, Hanako adelantó la boca.

Mordió una vez. Rendow gorgoteó, pataleó…

Hanako volvió a morder. Y mordió de nuevo y sus dientes quebraron la tráquea y cortaron la yugular. El cuerpo de Rendow se hizo flácido en sus brazos.

Entonces, Deckering se acercó y tocó al canaca en un hombro.

—Hanako, déjalo por ahora. Luego ¿comprendes?

El canaca se volvió. Tenía la boca llena de sangre, que le chorreaba por la barbilla y el cuello y manchaba su poderoso torso desnudo.

—Ahora tenemos que recuperar a «Bussy», Hanako —añadió Deckering, mientras contemplaba con indiferencia el arrugado cuerpo que yacía en el suelo, sobre un enorme lago de sangre—. Después nos ocuparemos de limpiar todo esto. —Sí, amo.

* * *

Parnum dormía profundamente, cuando, de pronto, sintió que se movía la cama. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, notó el contacto de un cuerpo humano. Sobresaltado, trató de encender la luz, pero entonces oyó una voz:

—No lo hagas, querido.

Marsha se arrojó sobre él con verdadera furia. Parnum se percató de que la escritora no llevaba encima una sola prenda de ropa. Los pesados senos femeninos se aplastaron contra su pecho y una boca ardiente buscó la suya.

Era imposible resistir a aquel ataque. Parnum decidió que lo mejor era dejarse derrotar.

Y se abandonó a las caricias de Marsha.

Pasado un largo rato, ella quedó lacia, desmadejada.

—Eres tal como creía —dijo.

Parnum alargó el brazo.

—¿Puedo encender la luz? Me gustaría fumar un cigarrillo.

—Dos, por favor.

La lámpara de mesa se encendió. Parnum pudo contemplar a la escritora, a su lado, desnuda sin el menor rubor. Marsha sonreía maliciosamente.

—¿Y bien, Brett?

—Estupendo —contestó él. Le entregó un cigarrillo encendido y aspiró el humo—. ¿Eliges siempre a tu pareja?

Marsha hizo un vago gesto.

—Y yo lo soy.

—Te lo he demostrado, me parece.

—No hay duda. ¿Cómo va tu libro?

—Despacio, Brett.

—¿No adelantas?

—Aún me faltan muchos datos. Quizá tú conozcas alguno.

Parnum se sentó en la cama.

—¿Yo? ¿Por qué había de conocer datos sobre el tesoro?

Ella le dirigió una mirada crítica.

—Brett, no nos engañemos —dijo con inesperada frialdad—. Tú no eres naturalista ni cosa que se le parezca. Estás aquí por los mismos motivas que yo.

—Te equivocas…

—Oye, lo mejor será que seamos sinceros el uno con el otro. Hay suficiente para los dos. ¿Por qué no unimos nuestros esfuerzos? El cincuenta por ciento de algo es siempre mejor que el ciento por ciento de nada, ¿no te parece?

—Pero ¿cómo podría convencerte yo de que no he venido a buscar ningún tesoro?

—Vamos, vamos, Brett, ¿a quién tratas de engañar? Eres profesor de Historia, no naturalista.

—Y tú tampoco eres escritora.

—Lo admito.

—Entonces, ¿qué eres?

Marsha soltó una risita.

—En estos momentos, tu fulana —contestó cínicamente.

—¿Sabes?, casi me has violado…

—Hombre, como la montaña no venía a mí, yo he ido a la montaña. La escalada ha resultado sabrosísima.

—Lo sé.

—Pero volvamos al tema. El cincuenta por ciento, Brett.

Parnum pensó que lo mejor sería seguirle la corriente, para que aquella ansiosa mujer le dejase en paz.

—De acuerdo —dijo.

—Tienes tu observatorio cerca de Manneaux Hall. Vigila la casa.

—¿Cómo lo sabes?

Ella le guiñó un ojo.

—Recorro la comarca en busca de datos para mi libro. Y, ¿quién sabe?, tal vez me lance a la literatura. ¿Conforme, Brett?

—Conforme.

—Entonces, vamos a sellar el pacto.

—¿Cómo, Marsha? —Apaga la luz.

* * *

De pronto, sin saber por qué, Philippa despertó sobresaltada.

Tenía la ventana abierta y hasta su lecho llegaba el rumor de las olas y el perfume marino que invadía la atmósfera. Pero el sonido del mar batiendo contra la playa no era demasiado intenso y, además, estaba acostumbrada.

De pronto, creyó percibir sonidos extraños en la planta baja.

Inmediatamente, se sentó en la cama.

Los sonidos eran gruñidos de «Bussy». El perro se sentía inquieto.

Ahora gemía y se quejaba sordamente. Philippa encendió la luz, saltó de la cama, calzó unas zapatillas y se puso la bata.

Abajo, en la cocina, tenía una escopeta. No la usaba, aunque sí su padre, que había sido un entusiasta cazador. Pero el arma se encontraba en perfectas condiciones.

Corrió a la planta baja, encontró la escopeta y se procuró un par de cartuchos, que puso en las recámaras. Luego fue al cuarto donde dormía «Bussy».

El animal estaba muy inquieto y gruñía, mientras arañaba la puerta que daba al exterior. Philippa, precavida, no quiso abrirla.

—Quieto, «Bussy».

El perro se echó, aunque sin dejar de gruñir. Ella no había encendido la luz, pero podía ver gracias al resplandor que llegaba del cercano pasillo. Lentamente, se acercó a la única ventana y miró al exterior.

Fuera había unas sombras que se movían cautelosamente. Philippa forzó la vista.

Sí, dos hombres, uno gigantesco, voluminoso y también…

Los ojos de los felinos relucían como brasas en las tinieblas. Por un instante, Philippa sintió miedo, pero se repuso en el acto.

—Calla, «Bussy» —ordenó en voz baja.

La pareja de hombres se acercaba cautelosamente. Ella pudo distinguir el brillo de los eslabones de las cadenas que atraillaban a los felinos. Decidió no esperar más y abrió la ventana de golpe.

Luego disparó un tiro al aire.

La detonación pareció una bomba en el absoluto silencio de la noche. Reservándose el otro cartucho, Philippa gritó:

—¡No den un paso más o tiraré al bulto! Los cartuchos son de postas, ¿me oyen?

A treinta pasos de distancia sonó una maldición. Luego alguien dio una orden.

Hombres y felinos emprendieron una presurosa retirada. Philippa vio la huida y sintió un infinito alivio. El perro se le acercó y frotó el morro contra una de sus piernas.

La sirvienta apareció, terriblemente asustada.

—¡Señorita Philippa!

—No se inquiete, Sara —dijo la muchacha—. Sólo era un merodeador y me ha bastado con un tiro para espantarlo.

Capítulo VIII

Parnum oyó ruido al pie del árbol y dejó los prismáticos a un lado. La cabeza y los hombros de Philippa aparecieron a los pocos instantes.

—Tengo noticias —dijo la muchacha.

—Yo también —sonrió él—. Suba, acomódese y nos contaremos mutuamente nuestras cuitas.

—Las mías son tremendas —declaró Philippa, una vez sentada bajo el ramaje—. Deckering y su canaca intentaron anoche asaltar mi casa.

—¿Qué? ¿Está segura?

—Tuve que alejarlos a tiros. Bueno, sólo disparé uno; pero fue suficiente.

—¿Cómo los descubrió?

—«Bussy» empezó a gruñir. Aunque yo me había despertado, pero supongo que eso pasa muchas veces durante el sueño. Enseguida, vuelve uno a dormirse… pero cuando oí a «Bussy», pensé que podía suceder algo malo y bajé a averiguar qué ocurría.

—Y era que Deckering y el canaca rondaban la casa.

—Con las panteras.

Hubo un instante de silencio. Parnum tenía los ojos clavados en el rostro de la muchacha.

—Las panteras —repitió al cabo.

—No hay duda. Las vi perfectamente. Vi sus ojos, que relucían en la oscuridad, vi el brillo de las cadenas… Estaban allí, a veinticinco pasos de la casa. Entonces, disparé un tiro al aire y les ordené marcharse. Dije que eran cartuchos con postas. Sólo son perdigones para pájaros pequeños, pero no tenía por qué decirles la verdad.

—Philippa, hasta los perdigones más pequeños, cuando llegan desde muy cerca, pueden matar a una persona —dijo él gravemente—. ¿Escaparon?

—En el acto. Oh, Brett. ¿A que fueron a mí casa? Me siento muy preocupada…

—En su lugar, yo le haría una visita y procuraría poner las cosas en claro. Deckering, ahora, siente animosidad hacia usted.

—¿Lo cree así? —preguntó Philippa.

—Por dos motivos: uno, no quiere vender. Otro, tiene a su perro.

—La cantidad que me ofrecen es ridícula. La casa y los terrenos que la rodean valen, al menos, el doble. Aparte de eso, no necesito el dinero y quiero conservar Casa Larga para mis vacaciones.

—Es rica, ¿eh?

—Moderadamente, no soy una archimillonaria. Además, trabajo.

—No lo sabía…

—¿Me toma por una niña ociosa y deseosa sólo de diversión? Debiera saber que tengo el título de enfermera diplomada y que estoy en la sección infantil del Hospital General.

Es una tarea que me gusta y no me siento en absoluto desplazada.

—Lo celebro. Sin embargo, ahora está de vacaciones…

—Me sentía un poco cansada. Trabajé mucho durante todo el año anterior, no sólo en la clínica, sino para concluir mis estudios. Solicité una baja temporal, teniendo en cuenta que la incidencia de morbilidad infantil había disminuido considerablemente.

—Ya —sonrió Parnum—. Bueno, está aquí y… ¿Piensa hablar con Deckering?

—Tal vez lo haga. Entonces, le diré que considero a «Bussy» como mío, le guste o no le guste.

—Y también le preguntará por qué quiere comprar Casa Larga. —Exacto. ¿Le parece bien?

—Philippa, quizá yo conozca los motivos. Seguramente, están relacionados con el tesoro de Manneaux.

Ella le miró incrédula.

—Oh, no, eso es una leyenda… No existe tal tesoro —contestó.

—Algunos opinan lo contrario. Por ejemplo, la señora Maine.

—¿La escritora?

Parnum sonrió.

—No es escritora, aunque ignoro todavía a qué se dedica. Pero una cosa es segura: también está buscando el tesoro.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo ella misma. Es más: me propuso que nos lo repartiésemos al ciento por ciento.

—Esa mujer está loca. Y usted también, se acepta… Dispense, Brett; me he irritado sin motivos…

—Los tiene y no es preciso que se excuse. Ahora bien, lo que sucede es que yo tampoco creo en el tesoro. Simplemente, fingí aceptar su proposición. En una palabra, le di largas.

De pronto, Philippa se sentó sobre sus rodillas.

—Brett, estaba pensando en mi tía abuela, la anterior dueña de Casa Larga —dijo, muy seria.

—¿Y…?

—Cuando yo era pequeña, me contaba historias de personajes que habían vivido muchos años antes en la comarca. Ella se las había oído a su abuela… que fue hija de un tal Manneaux, el supuesto pirata.

—Vaya, es toda una sorpresa —exclamó Parnum.

—Manneaux Hall perteneció en tiempos a la familia. Pero tenía una fama pésima y, además, estaba en una zona no demasiado salubre. Por eso construyeron después Casa Larga.

—¿Quién la construyó?

—Manneaux también. Vendió la otra y se quedó aquí, aunque murió al poco tiempo y la heredó su hija, la abuela de tía Agnes.

—Entonces, eso explica las ansias de Deckering por comprar Casa Larga. Conoce la historia y cree que el tesoro está allí.

—Oh, no, eso es imposible.

—¿Por qué?

—Casa Larga fue reconstruida prácticamente en su totalidad, aunque respetando de un modo absoluto la arquitectura original. La antigüedad de la nueva casa no llega a los cuarenta años.

—Y eso, ¿tiene algún significado especial?

—Si hubiese existido algún tesoro, ya habría sido encontrado durante los trabajos de restauración, entre los cuales, según mis noticias, se incluyeron los refuerzos de los cimientos. No, no hay ningún tesoro en Casa Larga… a menos que se considere como tal su privilegiada situación.

Parnum calló. Los argumentos de la muchacha parecían irrebatibles.

Durante unos momentos, guardaron silencio. Luego, de pronto, Parnum creyó percibir un chispazo en Manneaux Hall.

Era como el reflejo del sol en un espejo. Cogió los prismáticos y se los llevó a los ojos. Sí, allí estaba el canaca, tras el telescopio.

El sol había llegado un instante a la lente del aparato óptico. En aquel instante, vio que el polinesio abandonaba su observatorio.

Exploró más terreno con los prismáticos. De pronto, divisó a lo lejos un coche que rodaba velozmente por el camino que conducía a Manneaux Hall y que era visible en algunos puntos en que el terreno, a causa de las ondulaciones, quedaba deprimido.

El coche era de un color rojo brillante, descapotable. Lo reconoció enseguida.

—Ahí va Marsha Maine —exclamó—. Se dirige a Manneaux Hall.

—Querrá hablar con el dueño —repuso Philippa. —Sí, seguro.

* * *

Marsha cruzó las piernas y la falda se subió por encima de las rodillas. Con incitante sonrisa, aceptó la copa que le tendía el dueño de la casa.

—Ha sido usted muy amable al recibirme, señor Deckering —dijo—. La verdad, me habían dicho tantas cosas de usted, que llegué a temer me soltara sus famosas panteras.

—La gente de Thomaston es detestable. Un pueblo compuesto por ignorantes y estúpidos, que creen que cualquier cosa que se salga ligeramente de lo normal ha de ser obra del demonio. Mis panteras son los mejores guardianes que una persona podría desear en un ambiente hasta cierto punto hostil.

—Pero no es muy corriente que un hombre tenga en casa dos panteras amaestradas.

—Lo admito, aunque tampoco hay una ley que lo prohíba. Sin embargo, sospecho que no ha venido a verme solamente por esos animales. ¿Puedo saber qué desea de mí, señora Maine?

—Me gusta ser sincera —dijo—. Estoy aquí por causa del tesoro de Manneaux.

Deckering arqueó las cejas, a la vez que sonreía burlonamente.

—¿De veras cree usted en semejantes historias?

—Lo mismo que usted. O si no, ¿a qué viene contratar a un agente de fincas como Mike Rendow para que le comprase la Casa Larga?

—¿Quién le ha dicho que yo…?

—Estoy enterada de muchas cosas, y una de ellas es que no ha sabido elegir a su agente, señor Deckering.

—Tal vez usted lo hubiera hecho mejor.

—No lo dude. Estoy en condiciones de afirmar que puedo conseguir que la dueña venda. Naturalmente, por un precio algo superior al que usted ofrecía hasta ahora.

—Pero ¿quién diablos le ha dicho…? —se sulfuró Deckering.

—No mencionaré la fuente de mis informaciones —contestó Marsha, impasible—. Sólo le diré que puedo hacerlo infinitamente mejor que Rendow. Pero así como éste se conformaría con una buena comisión, yo exijo algo más.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quiere a cambio? ¿Manneaux Hall, y Death Swamps?

—Señor Deckering, usted tiene algo de lo que yo carezco. Y a usted le falta algo que yo tengo. Usted, dinero; yo, inteligencia… y también —se pasó las manos por las caderas a la vez que hacía resaltar las poderosas curvas de los senos—. Tengo esto… —añadió, con incitante sonrisa.

—Me está proponiendo que yo facilite el dinero, a cambio de sus servicios.

—El socio industrial y el capitalista, ése es el trato.

—¿Y el porcentaje?

—*Fifty fifty*, mitad y mitad. Señor Deckering, se estima que el valor

del tesoro de Manneaux, compuesto per innumerables monedas de oro y gran cantidad de joyas y piedras preciosas de todas clases, puede valer algo así como veinte millones de dólares, en una tasación muy baja. Su por mis servicios, consigue usted diez millones, ¿le parecerá poco todavía?

—No estoy muy convencido…

Marsha se puso en pie.

—Le ruego considere mi proposición —dijo—. Cuando haya llegado a un acuerdo con usted mismo, hágamelo saber. Me hospedo en el hotel de Roy Greenpine, en Thomaston.

—¿Y si me negase a aceptar su proposición?

Ella se encogió de hombros.

—Buscaría otro socio capitalista —respondió.

—Aguarde un momento —pidió Deckering—, Dígame, si usted tuviese dinero suficiente, ¿cuánto pagaría por la Casa Larga?

—Sin pestañear, hasta medio millón. Y la dueña vendería con los ojos cerrados, créame.

—Muy segura está de ello, señora Maine.

—Llámeme Marsha, ¿quiere, Janus? —rió ella, a la vez que se encaminaba hacia la puerta. Apoyó la mano en el pomo, abrió y dio un grito al ver al gigantesco polinesio frente a la entrada—. Dios, qué bestia —murmuró.

Hanako enseñó los dientes al sonreír.

—¿Llamaba, amo?

—No; pero ya que estás ahí, acompaña a la señora.

—Sí, amo.

Marsha se rehízo y echó a andar. De pronto, Deckering llamó su atención:

—Marsha, ¿no le gustaría ver mis panteras? —exclamó.

La señora Maine se volvió un instante.

—Tengo entendido que son unos animales muy bellos. Pero no me siento entusiasmada ante la idea de contemplarlos a pocos pasos de distancia. Siga… guardándolos en su jaula.

—A su gusto —contestó Deckering—. Ah, y ya le haré saber mi decisión.

La espero durante veinticuatro horas. Pasado ese plazo, buscaré otro socio capitalista, Janus. Buenas tardes.

Marsha salió de la casa, subió a su coche y arrancó inmediatamente hacia el pueblo. Deckering se acercó a la ventana y contempló en silencio el coche rojo que disminuía rápidamente de tamaño.

Hanako entró en silencio.

—Al amo no le ha gustado la visita —dijo.

—Ni un pelo —contestó Deckering—. Esa zorra trata de gastarme una mala pasada, pero creo que va a resultar al revés. Hanako, esta noche irás al hotel, registrarás su habitación y traerás todos los papeles que ella tenga guardadas.

—Sí, amo. Pero si me sorprende…

—Te daré algo que la hará dormir. No la toques, no le causes el menor daño. En todo caso, ya habría tiempo de quitarla de en medio. Pero primero quiero ver todas sus cartas.

—¿Sus cartas?

Deckering sonrió.

—Tienes que aprender aún muchos giros de nuestro idioma, Hanako —contestó—. Ya te lo explicaré en otro momento. Ahora, por favor, prepara a «Yaia» y «Sturm»; es hora de que salgan a dar su paseo diario.

Hanako se inclinó.

—Sí, amo —repuso, enseñando una vez más sus horribles dientes triangulares.

Capítulo IX

Marsha despertó de pronto, sintiéndose presa de un extraño malestar. Le dolía ligeramente la cabeza y se sentía torpe y envarada. Al mismo tiempo, percibió un olor extraño, dulzón y repulsivo.

Haciendo un esfuerzo, consiguió sentarse en la cama. A través de la ventana, pudo ver que aún no era completamente de día.

También sentía la lengua espesa. «Pero sólo tomé una copa al irme a dormir», pensó.

Necesitaba agua. Torpemente, se levantó, fue al lavabo, llenó un vaso y lo vació de un solo trago. Luego se echó unas gotas de agua en los ojos, a fin de alejar el torpor que la invadía. La frescura del líquido la hizo sentirse un poco mejor.

Al cabo de unos momentos, salió del baño. Entonces vio algo que la hizo detenerse bruscamente, como si le hubieran clavado los pies en las tablas del suelo.

A excepción de la cama, en la que no se notaban otras alteraciones que las lógicas de haberla ocupado ella durante la noche, el cuarto aparecía completamente revuelto. Sus dos maletas estaban abiertas y el contenido esparcido por los suelos. En una de ellas, se veía claramente, el forro había sido rasgado brutalmente, dejando al descubierto la cara interior de la piel de que estaba fabricada.

Marsha sintió que una oleada de indignación subía a su garganta. A duras penas pudo contener el grito que estaba a punto de brotar de sus labios. Pero, sin pensárselo dos veces, salió del dormitorio y corrió al de Parnum.

El joven estaba ya vestido y preparaba su equipo, para dirigirse de nuevo al observatorio, cuando ella irrumpió como un ciclón.

—¡Brett, especie de bastardo! ¿Qué has hecho en mi habitación? ¿Por qué diablos tuviste que entrar y llevarte algo que no te importaba en absoluto?

Parnum la miró comer si se hubiera vuelto loca de repente.

—¿A qué te refieres? —contestó—. He dormido toda la noche de un tirón y ni en sueños se me habría ocurrido ir a tu habitación a robarle nada. ¿Acaso me tomas por una rata de hotel?

Todavía furiosa, Marsha lo agarró por un brazo y tiró de él.

—Ven, no quiero que digas que estoy soñando todavía —barbotó.

Parnum la siguió. Su asombro subió de punto, cuando vio el dormitorio convertido en un revoltijo indescriptible.

—Pero ¿quién ha hecho todo esto? —exclamó.

—¿Y todavía lo preguntas? Incluso creo que me narcotizaste, para que no pudiera darme cuenta…

—Marsha, estás fantaseando demasiado —atajó él severamente—. Yo no me he llevado nada tuyo, ni siquiera una toalla de papel de maquillaje. Si de veras crees que he sido yo, llama a la comisaria y denúnciame. También puedes ir a mí habitación y registrarla a fondo. Yo no puedo perder más tiempo; tengo que ir a trabajar. Adiós.

Ella se quedó con la boca abierta, mientras Parnum se acercaba a la puerta. De pronto, Parnum se volvió.

Marsha, ¿qué echas a faltar? —preguntó.

—Papeles… Unos documentos muy importantes…

—Puedes buscar en mi habitación, pero no los encontrarás. No he sido yo —se despidió él secamente.

Momentos más tarde, estaba junto al coche, cargando el equipo. De pronto, oyó el chirrido de unos frenos.

Se volvió. Era Daisy, en su *jeep* oficial.

—Madruga mucho, Brett —comentó ella.

—Ya tendría que estar allí —sonrió Parnum—. Pero hablando de madrugar, usted no se queda atrás.

—Yo también tengo trabajo —suspiró la comisario—. Voy a llamar a uno de mis ayudantes, no puedo llevarme a más. Trataremos de encontrar algún rastro del pobre

Fuller.

—Ah, sigue sin aparecer.

—Eso es. Pero lo curioso del caso es que Fuller tenía contratado un seguro de vida y, aunque parezca mentira, estaba al día en el pago de las pólizas. Claro, la compañía aseguradora quiere una certificación oficial de su muerte, a fin de pagar la indemnización a la viuda.

—Sí, es lo normal en estos casos.

—Ya ve, nunca se puede precipitar uno a juzgar a las personas. Todos echábamos pestes de Fuller y, sin embargo…

—Oiga, Daisy, ya que está levantada y como no importa que vaya a buscar rastros de Fuller unos minutos antes o después, ¿por qué no sube arriba? Creo que a la escritora le han robado algo… Incluso me lo achacó a mí.

—Escritora, ¿eh? —dijo Daisy con sorna, a la vez que ponía los pies fuera del *jeep*—. Está bien, subiré a ver qué le ha pasado. Hasta luego, Brett.

—Adiós, Daisy.

Parnum subió al coche y arrancó, mientras se preguntaba qué clase de papeles le habían robado a Marsha. Era una mujer desconcertante, llena de doblez y sumamente astuta. Tendría que andarse con mucho

cuidado, se dijo. En cuanto a la propuesta de asociarse para la búsqueda del tesoro, no la tomaba en consideración. Todo lo más, estimó, se trataba de un globo sonda que Marsha había lanzado, a fin de conseguir más información.

Encogiéndose de hombros, siguió su camino.

—¡Al cuerno el tesoro! —masculló.

* * *

A través de los prismáticos, Tarnell divisó a la pareja que se movía por el interior de las tierras de Deckering. Reconoció a Daisy, con los sobacos manchados de sudor, y vio a su ayudante, ambos recorriendo el lugar con todo detenimiento.

A Deckering no le habría gustado demasiado aquella intromisión en su propiedad, pero estaba seguro de que Daisy habría llevado una orden judicial. Luego, sin saber por qué, pensó en aquellos restos humanos que devoraban los buitres. ¿Era todo lo que quedaba de Fuller? ¿Había sido devorado por el tiburón enjaulado?

La voz de Philippa sonó de pronto al pie del árbol.

—¿Estorbo, Brett?

—Suba —contestó él.

La muchacha llegó instantes más larde a la plataforma.

—No tenía noticias suyas —dijo.

—Bueno, no hay grandes novedades. A Marsha le han robado unos papeles, Daisy anda buscando rastros de Fuller… Mírela, está allí.

Parnum le pasó los prismáticos. Ella miró unos segundos y luego se los devolvió.

—De modo que han robado a Marsha.

—Sí. Incluso creyó que lo había hecho yo. Se puso como una fiera; no puede imaginarse cómo estaba.

—Tan guapa —sonrió la muchacha.

—¿La conoce?

—La he visto un par de veces. Incluso vino a mí casa.

—Oh, no lo sabía…

—Recopila material para su libro sobre el pirata.

—Esa busca algo más, Philippa.

—¿Qué, Brett?

—El tesoro. Incluso llegó a proponerme que nos asociáramos al cincuenta por ciento. No sé qué idea le pudo dar; creo que soy la persona menos indicada para encontrar ese tesoro, si es que existe.

—De modo que quiso asociarse con usted…

—Le dije que sí, pero sólo para salir del paso. Francamente, no

creo en el tesoro. Usted tenía razón; el tesoro es Casa Larga.

—Algunos pierden la razón cuando oyen hablar de esas cosas —dijo la muchacha pensativamente—. Incluso a Deckering.

—Recuerdo que habló algo acerca de visitarle. ¿Ha ido?

—Aún no, y dudo mucho de que lo haga.

—La verdad, cuantos menos tratos tenga con ese tipo, mejor para todos —dijo Parnum—. A propósito, ¿cómo sigue «Bussy»?

—Oh, ya está completamente repuesto. Le hubiera traído conmigo, pero son diez kilómetros, entre la ida y la vuelta y podría haberse resentido. Dejaré que pasen algunas semanas, antes de darle suelta completa. Pero es muy cariñoso y me ha tomado verdadero afecto.

—Lo celebro, Philippa. A la tarde iré a verle. Tenga una cerveza bien fría para cuando llegue.

—Descuide, Brett —sonrió ella.

Parnum recobró los prismáticos. Daisy y su ayudante se hallaban ahora a unos cuatrocientos metros. De pronto, Daisy se inclinó y levantó algo del suelo.

—¡Rayos! —exclamó el joven.

—¿Qué ocurre, Brett? —preguntó Philippa.

—Daisy… eso que tiene en la mano es un hueso… Y juraría que es humano.

—Oh, no… —se estremeció la joven.

Vamos a verlo —propuso él.

Momentos más tarde, corrían hacia la valla. Daisy y el ayudante se encontraban en las inmediaciones del borde superior del estanque y a unos ciento cincuenta metros de la alambrada.

—¡Daisy! —gritó Parnum.

La mujer se volvió.

—¡Hola, Brett! ¿Qué tal, Philippa? —saludó.

—¿Ha encontrado algo? —inquirió el joven.

Daisy levantó la mano, en la que blanqueaba un objeto alargado, casi cilíndrico, rematado en unas protuberancias abultadas.

—¡Un fémur humano! —contestó.

* * *

Philippa llegó a su casa, condujo el caballo al establo y, después de atenderlo convenientemente, se dispuso a darse una ducha y cambiarse de ropa a continuación.

Entonces oyó el timbre de la puerta.

Sara acudió a abrir. Philippa percibió la exclamación de sorpresa de la sirvienta.

—¡Señor Deckering!

La muchacha corrió a la sala. Deckering se descubrió al verla.

—Señorita…

Philippa hizo un gesto.

—Sara, déjenos solos, por favor.

La sirvienta se retiró. Philippa indicó un sillón al visitante.

—Siéntese, señor Deckering.

—Gracias, pero voy a ser muy breve. Señorita Tarnell, quiero hacerle una proposición formal. Estoy dispuesto a pagar hasta ochenta mil dólares por su propiedad. ¿Qué me contesta?

—¿Aún cree en el tesoro?

—Eso ya es cuenta mía. Supongamos que creo y que luego me equivoco. La perdida no sería suya, señorita Tarnell —respondió Deckering fríamente.

—No lo dudo, pero el caso es que sigo manteniendo mi negativa. Lo siento; Casa Larga me gusta y creo que la mantendré mientras viva.

—Eso es una tonter… —Deckering logró contenerse—. Tal vez si le ofrecieran una cantidad muy superior accedería a vender.

—¿Cuánto es una cantidad «muy superior»? ¿Un millón, dos? No le resultaría rentable, ¿verdad?

—Francamente, no comprendo los motivos de la negativa…

—Mire por las ventanas, señor Deckering. ¿No es capaz de comprender mis razones? El lugar, el paisaje… y, todo hay que decirlo, mi ausencia de necesidades económicas. Por eso no quiero vender.

—Una niña rica, ¿eh? —comentó el visitante con sorna.

—Tómelo como quiera —repuso ella sin inmutarse—. Y ahora, si me lo permite… Necesito asearme; acabo de dar un paseo a caballo y deseo ir cuanto antes al cuarto de baño.

—Un momento, por favor —rogó Deckering—. Si mis informes son exactos, usted tiene algo que me pertenece.

—¿Sí?

—Mi perro «Bussy».

Philippa sonrió.

—Está encerrado — contestó—. Pero si quiere que lo suelte…

De pronto, se oyeron unos feroces aullidos en la parte trasera de la casa. Deckering palideció.

—«Bussy» le ha olfateado. Ahora sabe que está aquí el hombre que le torturó salvajemente. Fue suyo, pero ahora le odia y, si estuviera libre, le saltaría a la garganta.

¿Por qué hizo semejante barbaridad?

Deckering se pasó una mano por la frente.

—Lo confieso, a veces tengo un carácter violento… «Bussy» me hizo una travesura y no pude contenerme…

—No fue un golpe solo, propinado en un arrebato de cólera, sino algo más, sadismo puro, ansias de disfrutar con sus padecimientos, teniéndolo encerrado sin comida… No; por un solo golpe, un perro no cambia el amor a su dueño en odio puro. Pero «Bussy» está ya en buenas manos y no pienso devolvérselo. Y si lo intenta por vía legal…

—Un perro no merece la pena un pleito costoso —respondió Deckering despectivamente—. Está bien, puede que algún día la haga cambiar de opinión con respecto a la venta de Casa Larga.

—Ni lo sueñe —dijo ella secamente.

Deckering se encaminó a grandes zancadas hacia la puerta. Cuando ya salía, Philippa recordó algo.

—Por favor, dígame una cosa… —Esperó a que Deckering se volviese y añadió—: ¿Cómo se le ocurrió el capricho del tiburón?

—¿Lo ha visto usted?

—Sí, en alguna ocasión.

Deckering emitió una sonrisa que a Philippa le pareció le da un ser infernal.

—Soy un poco caprichoso con mis animales domésticos —respondió.

—Sí, por eso tiene también un par de panteras. Pero yo creía que animales domésticos eran los perros, los gatos, canarios, palomos, algún loro…

—Señorita, animal doméstico es todo aquel que ha sido domesticado por el hombre — dijo Deckering burlonamente.

—¿También el tiburón lo es?

—Por lo menos, está en mis dominios. Buenas tardes.

Deckering se marchó. Philippa sintió un escalofrío. Aquel hombre le daba miedo. ¿Qué pretendía realmente?, se preguntó. ¿Era preciso creer en la existencia del tesoro? «Bussy» ladró en aquel momento y corrió a tranquilizarlo. Le costó bastante, pero, al fin, el mastín recobró la calma. Philippa empezó a pensar en la conveniencia de adiestrarlo para que la defendiera en alguna situación crítica.

Capítulo X

La luz de la oficina estaba aún encendida. Parnum abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Molesto, Daisy?

La comisario alzó la cabeza y sonrió.

—Entre, Brett. ¿Quiere café?

—Bueno, tomaré una taza…

Daisy se levantó y cogió la jarra de vidrio. Sacó un vaso de papel, lo llenó y se lo entregó al joven.

—Los comisarios de hoy día ya no usamos potes de estaño —dijo jovialmente—. Los tiempos cambian, jovencito.

—Sí, pero el hombre permanece inmutable y continúa cometiendo crímenes contra sus semejantes. ¿Qué le robaron a la escritora, además de papeles?

—Nada. Pero no es escritora. Me lo confesó; dirige una agencia de investigaciones privada en Galveston.

—Nunca la había visto por allí, aunque, claro, los ambientes en que nos movemos son distintos. ¿Dijo qué clase de documentos eran?

—Habló algo sobre una investigación que le encomendaron. Mientras no haga algo contrario a la ley, yo no puedo intervenir. Además, dijo que tenía los duplicados, de modo que la pérdida no era tan grave.

—Lo celebro. Daisy, ¿qué me dice del fémur?

El rostro de la mujer se demudó.

—Sí, era de hombre —confirmó.

—¿Fuller?

—Eso es lo raro, Brett. Se lo llevé en primer lugar al médico, quien me dijo que correspondía a un hombre de menos de un metro sesenta de estatura. Fuller media uno setenta y cinco, lo cual descarta por completo que fuese suyo. Además, en el hueso había señales de soldadura de una fractura, producida por una bala.

—Tal vez un herido de guerra.

—Es posible… aunque pronto lo sabré. He enviado el hueso a Austin. Allí lo identificarán, seguramente. Por si les resulta útil, he dicho que podría tratarse de un tal Mike Rendow, antiguo miembro del hampa y actualmente agente de fincas. Brett, Rendow ha desaparecido —declaró Daisy gravemente.

—Pudo haberse marchado…

—No. He recibido noticias de que encontraron su coche abandonado, mejor dicho, destrozado, en el fondo de un barranco, a sesenta kilómetros de Thomaston. Teniendo en cuenta que el último lugar en donde se le vio con vida, fue Manneaux Hall, resulta fácil deducir el resto.

—¿Cree que lo asesinaron en aquella casa?

—No sé qué decirle, muchacho. Me siento desorientada…

—Acaba de decir que el historial de Rendow no era demasiado ejemplar. Tal vez simuló el accidente para desaparecer oportunamente, ante la ley o quizá ante algún viejo y repentinamente incómodo compinche —apuntó Parnum.

—Pudiera ser —sonrió Daisy.

—En cuanto al hueso, quizá tenga ya muchos años y pertenezca a otra persona.

—Lo dudo mucho, Brett. Cuando lo encontramos, aún tenía adheridas briznas de carne fresca.

Parnum sintió que se le revolvía el estómago.

—Entonces, se trata de un crimen reciente.

—No cabe duda, Brett.

—¿Ha hablado con Marsha? Puede que sepa algo interesante…

—Lo hice este mediodía, volviendo al tema del robo de sus papeles, pero se mostró evasiva. Tendré que vigilarla; ha salido hace poco y me parece que con rumbo a Manneaux Hall —contestó Daisy.

El enorme individuo abrió la puerta, enseñando sus dientes en forma de sierra. Marsha sintió un escalofrío, pero la cólera que predominaba en su ánimo la hizo dar de lado cualquier temor ante la presencia de aquel repulsivo extranjero.

—Quiero ver a tu amo —dijo, sin más preámbulos.

—Sí, señora —contestó Hanako.

Marsha tenía su bolso colgando del hombro derecho, cerrado, pero con las presillas sueltas, a fin de poder meter la mano rápidamente, en caso de peligro.

Hanako se fue y a los pocos instantes, apareció Deckering, sujetando a las dos panteras. Marsha vio las rojas fauces, en las que brillaban unos aterradores colmillos, y los ojos que parecían poseer una luz propia, siniestra, premonitoria de terribles males.

—Quiero hablar con usted —dijo.

—Muy bien, vamos al salón…

—Aquí estoy bien —cortó Marsha secamente—. Mire, Deckering, dejémonos de rodeos y vayamos al grano. Quiero los documentos que me robó la noche pasada. Son muy importantes para mí y no estoy dispuesta a que usted, con sus manos limpias, se lleve lo que me ha costado muchos meses de trabajo.

—No sé a qué documentos se refiere, señora Maine. Usted y yo hicimos un trato, me parece recordar.

—Ya no hay trato. Y, por mucho que lo niegue, me robó los documentos. O tal vez lo hizo ese caníbal que tiene usted como criado. Además, sé por qué lo hizo.

Deckering sonrió levemente.

—¿De veras?

—No sé si fue usted o su criado. Pero yo tengo el sueño bastante profundo y al que lo hiciera no le costó mucho llegar a mí habitación y narcotizarme con cloroformo o alguna droga por el estilo. En una situación semejante, no se puede correr el riesgo de que el durmiente despierte inopinadamente.

—Una teoría muy interesante —calificó el dueño de la casa—. Continúe, por favor. —Entonces, ya seguro, el ladrón registró mi dormitorio y se llevó los documentos. Eso es todo.

—No fui yo, ni tampoco lo hizo Hanako…

—¿Me cree tonta? He tomado muchas huellas digitales. Están a punto para ser enviadas a Galveston. Veremos lo que dice la policía, Deckering.

El hombre continuaba sonriendo.

—¿Cree que éste es un asunto tan importante como para que la policía pueda meter en él sus narices?

—Correré el riesgo…

—Usted no hará tal cosa; no le conviene divulgar el secreto.

—Está admitiendo que robó los documentos.

—Yo no digo ni que sí ni que no…

Los ojos de Marsha chispearon.

—Podría ir con el cuento a la dueña de Casa Larga. Ella sí le obligaría a entregarle los documentos, cuando supiese la verdad… pero creo que hay otro procedimiento mejor. Repentinamente, Marsha abrió el bolso y extrajo un objeto oscuro, de forma ovoidal, del que arrancó una anilla metálica.

—Deckering, usted está loco por las panteras —añadió—. Devuélvame los documentos o les arrojo esta granada de mano.

Deckering se sobresaltó.

—Está loca —gritó.

—Diré que los animales me atacaron y tuve que defenderme. Nadie me lo reprochará. Vamos, déme esos malditos papeles de una vez.

Hubo un instante de silencio. Por dentro, Marsha sentía un pavor espantoso. Los felinos gruñían sordamente, sujetos a la traílla, impacientes por liberarse y saltar sobre la presa que tenían a tan corta distancia. Pero no quiso demostrar que estaba medio muerta de miedo y se mantuvo firme.

—Le doy cinco segundos…

De pronto, vio que Deckering sonreía de un modo extraño. Antes de que pudiera adivinar sus motivos, sintió que una enorme mano le quitaba la granada.

—¡Tírala por la ventana, Hanako! —aulló Deckering.

El canaca obedeció. La ventana estaba abierta y la bomba pasó a través del hueco, para explotar fragorosamente a unos veinte metros de distancia de la casa.

Las panteras gruñeron furiosamente. Marsha se vio perdida. Giró sobre sus talones y corrió hacia la salida.

El coche estaba a pocos pasos de la puerta. Maldijo su presunción, que le hacía llevar la capota bajada casi siempre. Con la capota puesta y los cristales levantados, podría sentirse protegida contra las fieras. Pero así, no tendría defensa, a menos que escapase a toda velocidad…

Y entonces fue cuando se desmoralizó por completo, al ver deshinchada una de las ruedas.

Durante un segundo, se mantuvo indecisa. Luego, de pronto, oyó un grito de Deckering en la casa:

—¡Anda con ella!

El pánico la impulsó a salir corriendo a toda velocidad. Enloquecida, no se dio cuenta de que se dirigía hacia el Sur. A los pocos momentos, sin embargo, consideró que era una decisión acertada. Había mucha vegetación donde esconderse…

Detrás de ella sonaron ruidos suaves. El corazón bataneaba frenéticamente en su pecho. Iba a estallarle, pensó. Moriría de miedo antes que sintiese las zarpas de las panteras en su cuerpo.

Los ruidos se acercaban. El ansia de vivir la hizo acelerar el paso por unos instantes, pero pronto flaqueó. No estaba acostumbrada al ejercicio físico y el calzado que llevaba era el menos apropiado para una carrera en que la meta era la vida.

Los animales se acercaron. Gritó estridentemente, a sabiendas de que nadie la iba a oír. De pronto, sintió en el cuello un ardiente hálito y se percató de que ya había sido alcanzada.

Entonces se percató de que no eran las panteras las que le seguían. Volvió la cabeza un instante y, durante una cortísima fracción de tiempo, pudo ver relucir siniestramente los dientes triangulares del canaca.

Empezó a gritar, pero Hanako mordió con todas sus fuerzas la garganta blanca y suave, y el grito se apagó instantáneamente.

* * *

Era cerca del mediodía y la mayoría de los animales salvajes

descansaban de sus afanes por mantener la existencia, en una dura e implacable lucha con los demás. Hacía mucho calor y Parnum sintió también deseos de relajarse un poco.

Tomó un bocadillo, bebió un poco de café y luego estiró las piernas, mientras apoyaba la espalda en una rama. El sombrero quedó sobre los ojos, quitándole resplandor. Poco a poco, empezó a adormilarse.

De súbito, oyó una voz al pie del árbol:

—¡Parnum!

El joven se sobresaltó. Sólo entonces se dio cuenta de que había caído en un profundo sueño, que, sin embargo, había durado escasos minutos.

Aturdido, no supo identificar la voz.

—¿Quién es? —dijo, incorporándose un tanto.

—Deckering. Mire hacia abajo, por favor.

Parnum gateó por la plataforma, apartó unas ramas y divisó las panteras, echadas al pie del árbol.

—Eh, llévese de ahí a esas bestias —exclamó—. Están sueltas y pueden hacerme daño…

—No le harán nada, mientras yo no se lo permita —contestó Deckering—. Pero son la garantía de que usted me entregará algo que me interesa enormemente.

—¿De qué se trata? —preguntó Parnum, completamente desorientado respecto a los deseos del sujeto.

—La película que ha impresionado esta mañana. Quiero todos los rollos que tenga ahí arriba, ¿me entiende?

—¿Por qué iba a darle esas películas? Usted no tiene ningún derecho…

—No discutiré ese extremo —cortó Deckering—. O me da las películas o le tendré aquí hasta que se muera de hambre y de sed. Siempre habrá una pantera vigilándole, ¿comprende?

—Es usted un… —Parnum se sintió acometido por un violento acceso de cólera, pero, aparte de una navajita de bolsillo, no tenía armas para defenderse de las panteras—. Oiga, no estoy en sus tierras…

—Eso no importa. Quiero la película.

—Pero, ¿qué diablos le sucede? ¿Tanto le interesan los movimientos de unos cuantos pájaros?

—Muy bien —dijo Deckering—. Ya hemos hablado bastante. «Yaia», «Sturm», quedaos aquí.

—Oiga, me echarán en falta y vendrán a buscarme —gritó el joven desesperadamente.

—Sé dónde tiene su *jeep*. Me lo llevaré. Luego telefonearé al hotel

y diré que he tenido que regresar precipitadamente a Galveston. Por supuesto, con su nombre. Pasarán días antes de que se den cuenta del engaño.

—Philippa Tarnell suele venir por aquí con frecuencia.

—También la llamaré, no se preocupe.

Parnum meditó unos instantes. No merecía la pena correr riesgos por una película. Además, las panteras podían enfurecerse y, sintiendo una presa cercana, trepar al árbol, cosa que harían sin la menor dificultad. Eran unos animales amaestrados, pero los instintos acumulados durante millones de generaciones podían aflorar repentinamente y…

—Está bien —cedió finalmente—. Ahora mismo le entregaré la película.

—«Todos» los rollos que tenga ahí arriba —exigió Deckering.

Varias cajas planas y cuadradas cayeron a los pocos momentos desde lo alto de la plataforma.

—Ahí las tiene y ojalá reviente —dijo Parnum despechadamente.

Pero no se atrevió a mencionar la posibilidad de haber impresionado por casualidad alguna escena comprometedora. No quería irritar a Deckering más de lo que ya lo estaba; el sujeto podía lanzar las panteras contra él y…

Deckering lanzó una fuerte risotada.

—Gracias —dijo—. «Yaia», «Sturm», vámonos.

El hombre echó a correr. Las panteras le precedían, terriblemente, hermosas, ominosamente graciosas… pero prestas a sacar a relucir en cualquier momento su innata fiereza.

Parnum quedó en el árbol, amargado y lleno de frustración por haberse visto obligado a ceder. Furioso, encendió un cigarrillo y empezó a pensar en la conveniencia de recoger todos los bártulos y regresar a Thomaston.

Pero antes llegó Philippa.

Capítulo XI

La joven trepó a la plataforma y, como era su costumbre, se sentó sobre los talones.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. Parece una gallina mojada.

—Deckering ha estado aquí —contestó Parnum malhumorado—. Me obligó a entregarle todas las películas que tenía en estos momentos.

Philippa se sintió estupefacta.

—¿Se las ha dado?

—Claro, no podía hacer otra cosa. Vino con sus malditas panteras…

—¡Las panteras! —exclamó ella—. Por eso mi caballo se mostraba tan nervioso. Se negó a seguir y he tenido que venir a pie durante más de medio kilómetro. Sin duda las olfateaba y… Pero, Brett, aquí en el árbol estaba seguro, ¿no?

—Las panteras trepan con toda facilidad, aparte de que me amenazó con dejarlas de centinelas, para que me muriese de hambre y sed.

—¡Caramba! Nunca me había imaginado que fuese capaz de hacer una cosa semejante. ¿Para qué quiere las películas, Brett?

—No me lo dijo. Pero tal vez esta mañana sucedió algo y sospechó que yo había podido filmarlo sin que me diese cuenta.

—¿Desde aquí? —se extrañó Philippa.

—A veces, uso el *zoom*. Entonces, puedo captar escenas que suceden a bastante distancia. No sé qué ha podido suceder, pero resulta evidente que se trata de algo que le compromete gravemente.

Ella miró a su alrededor. De pronto, vio que se agitaban las aguas del estanque.

La aleta triangular se hizo visible unos momentos y luego desapareció.

—Brett, ¿enfocó la cámara en alguna ocasión hacia el estanque? —preguntó.

—Un par de veces, creo recordar —dijo Parnum.

—Entonces, se trata del tiburón. Algo ha hecho esa fiera… y él lo sabe y no quiere que queden pruebas.

—Bueno, en el pueblo saben…

—¿Qué saben, Brett? ¿Lo ha mencionado usted? ¿Dije yo que mi caballo fue devorado por el tiburón? Me parece que sólo usted y yo

conocemos la existencia de ese horrible pez, aparte de Deckering, naturalmente.

—De forma… Bueno, ha sucedido entre él y yo solos. Lo negarla, es su palabra contra la mía. Y cualquier prueba ha quedado ya destruida. Nada más fácil que pegar fuego a unos rollos de celuloide, Philippa.

La muchacha asintió.

—Eso sí es cierto —admitió—. Me pregunto qué habrá pasudo… y usted no se dio cuenta…

—Para mí, todo ha transcurrido normalmente esta mañana. Puede creerme, no tengo la menor idea de lo que haya podido suceder, que tanto le preocupa a Deckering.

Philippa hizo un esfuerzo por sonreír.

—Bien, sin película, ya no tiene nada que hacer aquí —dijo—. ¿Por qué no se viene a mí casa y descansa un rato?

Parnum empezó a recoger sus trabajos.

—Sí, es una excelente idea —contestó.

Momentos después, caminaban juntos, alejándose de Death Swamps. Parnum fue en busca de su coche, situado en el lugar habitual, y luego se dirigió a Casa Larga.

Philippa le aguardaba ya con un vaso alto, lleno hasta arriba, del que sobresalían unas hojas de menta. El vidrio estaba empañado por la frialdad del líquido.

—Creo que esto le refrescará un poco —sonrió la muchacha.

—Sí, necesito tranquilizarme —convino él—. A pesar de todo, no puedo quitarme de la cabeza…

—Vamos, vamos, olvídelo. Ya ha pasado. En todo caso, le recomiendo hable con Daisy.

Si Deckering vuelve a hacerle una cosa semejante, presente una denuncia en regla.

—Sí, pero, ¿cómo probarlo?

—Oiga, usted tiene la cámara, que también graba los sonidos al mismo tiempo que impresiona la película. Si ve que vuelve Deckering, hágala funcionar y registrará su voz.

—Soy un idiota —dijo Parnum, furioso—. ¿Cómo no se me ocurrió?

—A veces, las soluciones más sencillas son las más difíciles de encontrar —sonrió la muchacha—. Pero, de esta forma, ha quedado prevenido para otro incidente de la misma especie.

—Sí, es verdad, lo tendré en cuenta. Philippa, todo lo que está sucediendo, ¿tiene alguna relación con el tesoro de Manneaux?

—Tiene relación con las ambiciones de Deckering, quien sí cree en el tesoro. En cuanto a mí, estoy absolutamente segura de que no

existe.

—Pero él si lo cree. Es más, está obsesionado, fanatizado… y no hay peor cosa en este mundo que un fanático, cualesquiera que sean las causas que originan sus sentimientos.

Philippa, tenga cuidado con ese hombre.

—No se preocupe —sonrió ella. De pronto, alzó la voz—: ¡«Bussy»! —llamó.

El can acudió a los pocos momentos. Ya estaba completamente recuperado, ágil, potente de nuevo. Vio a Parnum y se irguió para demostrarle su afecto. Las patas delanteras del perro se apoyaron sin dificultad en los hombros del joven, quien acarició suavemente la cabeza de «Bussy».

—Le ha tomado afecto —añadió Philippa—. Y a mí, no se diga.

—Creo que comprendo —sonrió Parnum.

—Sí, «Bussy» es la mejor protección que podría encontrar en caso de apuro —confirmó la muchacha.

* * *

Al atardecer, Parnum regresó al hotel. Antes de subir a su habitación, para darse un buen baño, se entretuvo unos momentos con Greenpine.

—Tomaremos una copa juntos —propuso—. Invito yo, Roy.

—Encantado —accedió el hotelero—. ¿Cómo van las cosas por Death Swamps?

—Voy tirando —contestó Parnum—. ¿Y por aquí?

—La escritora se ha marchado.

Las cejas de Parnum se levantaron.

—¿Si?

—Esta mañana, al levantarse, encontré una nota, con el dinero del hospedaje. Decía que tenía que ausentarse urgentemente… Subí a su habitación y vi que faltaba el equipaje. El coche tampoco está en el garaje… Debió de marcharse de madrugada, supongo. Yo tengo un sueño bastante profundo y no oí el ruido del motor.

Parnum frunció el ceño.

—Sí que tenía prisa —convino—. Pero debió de marcharse mucho más temprano de lo que imaginaba usted. Antes de que se hiciera de día, yo ya estaba en pie y tampoco escuché ruido de motor. Aunque también pudo haberse ido después de que yo me dirigiera a mí puesto de observación.

—No, porque cuando usted se marchaba, yo empezaba a vestirme y no oí nada —dijo Greenpine—. Tuvo que irse mucho antes, aunque

eso no tiene demasiada importancia, me parece.

—Si le ha pagado, no la tiene —sonrió Parnum—. Bien, Roy; voy a darme un baño. Lo estoy necesitando.

—Cuando termine, tendrá lista la cena.

—Gracias.

El agua tibia le relajó considerablemente. Estuvo más de media hora en la bañera y, al fin, empezó a secarse. Luego bajó al comedor. Greenpine estaba hablando por teléfono.

De pronto, se volvió hacia el joven:

—Le llaman, señor Parnum —anunció—. Un momento, Sara; ahora se pone —agregó. Parnum se acercó al teléfono.

—¿Ha dicho Sara?

—Sí, es la sirvienta de la señorita Philippa. Dice que tiene algo urgente que comunicarle.

—Está bien, gracias. —Parnum cogió el auricular—. Sara, soy yo. ¿Ocurre algo?

—Oh, señor… No sé cómo decírselo… Pero me siento tan aprensiva y…

—Vamos, hable sin temor. ¿Se trata de la señorita Philippa? —presintió el joven. —Sí, ha salido… Creo que fue a Manneaux Hall. Parecía muy nerviosa… Oh, señor Parnum, no me gustaría que le sucediera nada malo.

—Tranquilícese, Sara; yo me ocuparé del asunto. Ahora mismo iré a Manneaux Hall, a ver qué ocurre. Por cierto, ¿se ha llevado a «Bussy»?

—Sí, señor. Vi que lo hacía subir a la zaga del coche…

—Bueno, eso es un alivio. Gracias, Sara.

Parnum colgó el teléfono y se volvió hacia Greenpine.

—Lo siento, pero no puedo quedarme a cenar. Voy a Manneaux Hall —anunció.

—Está bien, pero va a permitirme un consejo —dijo el hotelero.

—Claro, Roy.

—Hable antes con Daisy.

—Sí, es una buena idea.

Parnum abandonó el hotel y corrió hacia la oficina de la comisario. Daisy estaba hablando con un ayudante y se volvió inmediatamente, al ver entrar al joven.

—¡Brett! ¿Qué le sucede?

—No sé cómo decírselo… Philippa ha ido a Manneaux Hall y me siento muy aprensivo.

Voy allí para impedir que le ocurra algo, pero Roy me aconsejó que se lo dijera a usted. —Hizo bien —contestó Daisy—. Yo también

tengo noticias y no son agradables. El fémur era de Rendow.

Parnum abrió la boca.

—Entonces… fue asesinado…

—Por lo menos no falleció de muerte natural. Pero en estos momentos no puedo acompañarle. Estoy aguardando al capitán Forrester, de la policía del estado.

—Ah, un *ranger* —sonrió Parnum.

—Sí, me telefoneó hace un par de horas y dijo que venía a verme, aunque no mencionó los motivos. Sólo dijo que era muy importante.

—Seguramente está relacionado con Rendow.

—Eso creo. Lo malo es que no puedo dejarle un ayudante para que le acompañe; uno tiene que quedarse a vigilar la cárcel, donde tengo dos arrestados, y los otros dos andan investigando un robo de ganado.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh?

—La gente no ha cambiado mucho. Antes usaban caballos y ahora emplean camionetas… pero el cuatrero sigue siendo cuatrero y las reses siguen con cuernos, cuatro patas y rabo.

—Muy bien, entonces, allí la espero, si es que puede ir.

—Haré todos los posibles —contestó Daisy.

Parnum volvió a su coche, encendió los faros y arrancó preguntándose qué motivos habrían impulsado a Philippa para ir a Manneaux Hall. Era una locura, se dijo, pero ya no podía impedírselo. El único recurso que le quedaba era tratar de evitar que le sucediera nada malo.

* * *

—Firme ahí —ordenó Deckering.

Sentada en una butaca, muy rígida, Philippa contempló los documentos que Deckering ponía ante ella. Miró la pluma un instante y luego meneó la cabeza.

—No —contestó, resuelta.

—Por favor, no me haga perder la paciencia…

—Señor Deckering, usted me hizo venir con el pretexto de que había encontrado un viejo plano, en el que, sin lugar a dudas, se identificaba el punto donde está el tesoro de Manneaux. Dijo también que el plano se hallaba en muy mal estado y que no se atrevía a sacarlo de casa, temeroso de que se le deshiciera en el traslado. Pero ya veo que me ha engañado. Y no firmaré.

—El plano existe y lo he comprobado, es auténtico. Naturalmente, no quiero enseñárselo, pero sí trataré de compensarla de alguna forma. Junto con los documentos de venta, encontrará un cheque por valor de noventa mil dólares. Es más que suficiente para lo que vale

Casa Larga.

—Ha subido la oferta, ¿eh?

—No lo puedo remediar; soy un derrochador —contestó Deckering cínicamente.

—Es un miserable… Ese plano fue robado a Marsha Maine…

—A usted no le importa su procedencia —cortó el hombre—. Lo único que quiero es que firme, ¿me entiende?

—Señor Deckering, ¿cómo se le ocurrió establecerse aquí? —inquirió.

—Bien, podemos decir que también a mí me engañaron años atrás. Yo había vivido muchísimo tiempo en Java, donde tenía una plantación. Un buen día, me cansé de aquellos parajes, vendí todo y vine a establecerme aquí. Luego resultó que no puedo dedicarme a la agricultura, por la maldita ecología.

—Y vino acompañado de Hanako y de sus dos panteras.

—Uno siempre se trae «recuerdos» de los países exóticos en que ha estado —contestó Deckering riendo—. A Hanako le salvé la vida en una ocasión; sus enemigos le habían capturado y se disponían a comérselo. Todavía se sigue practicando allí la antropología, en algunos lugares, no todos, claro.

—Y ahora, Hanako es su esclavo.

—Por voluntad propia. En cuanto a las panteras, la madre estaba muerta y tenían a lo sumo tres días de vida. Me las llevé a casa, las crié con biberón…

—Y ahí están, obedeciendo al menor de sus caprichos.

—¿Va a lanzármelas si me niego a firmar?

Por toda respuesta, Deckering abrió la puerta.

Philippa sintió una especie de garra helada que le oprimía el corazón. Hanako, con los brazos cruzados, estaba en el umbral, mostrando su terrorífica dentadura de caníbal. Las panteras se hallaban a ambos lados del canaca, sentadas sobre los cuartos traseros, enseñando amenazadoramente sus agudos colmillos.

La muchacha inspiró con fuerza.

—Es un cuadro realmente amedrentador —dijo—. Pero le falta una cosa.

—¿Sí? —sonrió Deckering.

—El tiburón. ¿Por qué no lo ha traído también?

—Será mejor que nos dejemos de rodeos —exclamó el dueño de la casa, con evidentes muestras de impaciencia—. Debe firmar inmediatamente o tendrá que hacer una elección.

—Hanako o las panteras, ¿verdad?

—Exactamente.

Sobrevino un profundo silencio. Deckering tenía la vista fija en la muchacha. Ella comprendió que el hombre se creía seguro de su triunfo.

Estaba en sus manos, pensó. Era horrible caer en las garras de los felinos, pero el pensamiento de que Hanako pudiera ponerle las manos encima, resultaba aún más aterrorizador.

Lentamente, alargó la mano hacia la pluma.

Era lo único que podía hacer.

Capítulo XII

Los faros de su coche iluminaron el *jeep* de Philippa, en cuyo asiento posterior se hallaba «Bussy», sujeto por una correa. Parnum detuvo el motor, apagó las luces y saltó al suelo. «Bussy» emitió un ladrido y agitó la cola.

Parnum se acercó al animal y le soltó.

—Calma, «Bussy». Ahora iremos a ver dónde está tu ama.

Sujetaba al perro por el collar. «Bussy», apreció, daba muestras de una gran irritación y gruñía sordamente. Llegaron a la casa y Parnum abrió, sin molestarse en llamar.

De súbito, el perro lanzó un feroz aullido y, con un fortísimo arranque, se soltó de las manos del joven.

Parnum se detuvo, helado de pánico. El canaca y las dos panteras se hallaban al otro lado del gran vestíbulo, frente a una puerta abierta de par en par, al otro lado de la cual se veían a Deckering y Philippa.

Pero fue una visión cortísima, de fracciones de segundo. «Bussy» se lanzaba ya a la carga, animado por el instinto de defender a su ama. Hanako se volvió y saltó hacia atrás, asustado por la inesperada irrupción del mastín.

Parnum pensó que iba a ver una horrible lucha de un solo perro contra dos feroces panteras de Java, pero entonces sucedió algo increíble.

Las panteras, asustadas, volvieron grupas y, gimiendo aterrorizadas, corrieron a esconderse tras las piernas de su amo. «Bussy» se detuvo en el umbral, ladrando atronadoramente.

Parnum empezó a comprender los motivos del odio de Deckering hacia el perro, pero no quiso detenerse a meditar demasiado en el asunto.

—¡Philippa, ven! —gritó.

La joven no se lo pensó dos veces y corrió hada el vestíbulo. Deckering lanzó un aullido de rabia.

—¡Hanako, mátalo!

Se refería al perro, sin duda. Hanako sacó un enorme cuchillo, pero, en el mismo instante, «Bussy» se revolvió ferozmente y aprisionó su antebrazo con su poderosa dentadura.

Era una escena indescriptible. Parnum creía soñar.

Deckering aparecía como paralizado por el asombro. El joven se dio cuenta, sin embargo, de que tanto Deckering como los felinos

podían reaccionar en cualquier momento. Repentinamente, se oyeron sirenas de coches policiales. Varios focos lanzaron sus resplandores hacia la casa.

Deckering pareció perder la cabeza. Corriendo hacia la ventana del despacho, la abrió y saltó fuera.

—¡Venid, «Yaia», «Sturn»! —gritó.

Las panteras le siguieron en el acto. Hanako, desmoralizado, había dejado de forcejear y estaba arrodillado en el suelo, firmemente sujeto por la dentadura de «Bussy».

Varias personas irrumpieron en la casa. Parnum reconoció a Daisy, quien venía acompañada por algunos policías estatales. Dos de ellos se arrojaron sobre el canaca.

—Philippa, llama a «Bussy» —indicó Parnum.

—¡Brett! —gritó Daisy—. ¿Dónde está Deckering?

—¡Por allí! Ha escapado con las panteras.

—Capitán Forrester, ya sabe lo que tiene que hacer —dijo la comisario.

—Sí, desde luego. Muchachos, preparad las escopetas; esos animales son terriblemente feroces y no quiero que corráis ningún riesgo.

Parnum echó un vistazo al vestíbulo. Hanako gemía sordamente, quejándose del brazo atrozmente mordido. Philippa procuraba tranquilizar a «Bussy».

—Será mejor que traigan elementos sanitarios para curar a este pobre salvaje —exclamó Daisy, dirigiéndose a los policías estatales.

De pronto, Parnum se sintió acometido por una invencible curiosidad y echó a correr hacia la ventana, en seguimiento de los otros policías. Philippa le llamó, pero él no la escuchó y saltó al exterior.

El capitán Forrester y sus hombres se dirigían tras las huellas de Deckering. Había luna llena y la visibilidad resultaba casi perfecta.

Corrieron como locos durante unos minutos. De pronto, Parnum lanzó un grito:

—¡Cuidado, hay un estanque con un tiburón! —avisó.

Los policías se detuvieron en el acto. Forrester se volvió hacia el joven.

—¿He oído bien? —dijo.

—Sí, un tiburón…

En el mismo instante se escuchó el fragor de un motor que se ponía en marcha. Parnum comprendió que Deckering debía de tener un bote escondido entre la frondosa vegetación acuática. Por otra parte, en aquellos parajes, resultaba lógica la existencia de una embarcación.

El bote se hizo visible a los pocos instantes. Todos los presentes

contemplaron estupefactos una escena inenarrable.

Deckering iba a popa, gobernando la embarcación, que adquiría velocidad por segundos. Las dos panteras estaban a ambos lados, con las patas delanteras apoyadas en las «salchichas» del bote.

Uno de los policías levantó la escopeta, pero Forrester bajó el cañón en el acto.

—No podrá ir muy lejos —exclamó—. Hannon, vuelva al coche y envíe un aviso por radio…

De pronto, se oyó una especie de estampido.

El bote se bamboleó con fuerza.

Deckering lanzó un agudo grito. Las panteras rugieron ferozmente.

El bote volvió a agitarse. Parnum oyó un agudo silbido.

—¡Algo ha perforado los neumáticos! —gritó.

Deckering aullaba de terror. El escape de aire era incontenible, rapidísimo, y la embarcación escoraba hacia la banda de estribor. De pronto, una de las panteras alargó la pata delantera y descargó un zarpazo a algo que se movía en las aguas.

El animal emitió un horrible chillido al perder de golpe aquella pata. Parnum vio entonces la aleta triangular.

—¡El tiburón!

Deckering empujó la pantera mutilada al agua. Parnum comprendió sus intenciones. Si el tiburón se entretenía con aquella presa, él, tal vez, podría ganar la orilla a nado.

Las aguas se agitaron velozmente. El bote estaba ya a punto de hundirse.

Deckering se puso en pie y se tiró de cabeza al agua. Inmediatamente, empezó a nadar hacia la orilla.

—Vamos a ayudarle —gritó Forrester.

Todos corrieron hacia el lugar donde debía llegar Deckering. La otra pantera, aterrorizada, continuaba todavía en la parte del bote que no se había sumergido.

De repente, la aleta triangular pareció dispararse con la velocidad de una flecha.

Parnum contuvo la respiración. Deckering estaba ya apoces pasos de la orilla. El terror más absoluto se reflejaba en su rostro.

De pronto, abrió la boca y emitió un horripilante alarido. Una fuerza irresistible pareció tirar de él hacia abajo.

Enloquecido, se volvió e intentó golpear con el puño el morro del escualo. Cuando levantó el brazo, le faltaba la mano.

Uno de los policías se inclinó y empezó a vomitar. Forrester vaciló.

—Dios mío, esto es insoportable…

El último alarido de Deckering se apagó cuando el agua entró en su

boca, al ser arrastrado hasta las profundidades del estanque. Parnum pensó que, aun siendo un final merecido, no se lo habría deseado a su peor enemigo.

El bote terminó de hundirse y la pantera sobreviviente nadó hacia la orilla. Forrester reaccionó.

—No podemos dejar que ande vagando por ahí —dijo.

Agarró la escopeta del policía marcado y corrió hacia la orilla, seguido por el otro agente. Segundos después, brillaron unos fogonazo» y se escucharon varias detonaciones. Luego, Forrester regresó junto a Parnum.

—Cuénteme lo del tiburón —pidió.

Parnum accedió. Al terminar, Forrester meneó la cabeza.

—Tendremos que volar la red, para que esa bestia salga a mar abierto. Pero, usted, ¿por qué no lo denunció?

—¿Qué podía hacer yo, si el tiburón estaba en una propiedad particular?

—Creo que tiene razón —comino el policía—. Bueno, las panteras están muertas y lo mejor será que regresemos a casa. Pero ¿sabe por qué estamos aquí, señor Parnum?

—Explíquemelo, por favor, capitán.

—Usted filmaba escenas de la vida salvaje, pero captó algo en una de las películas. Su cuñado, al verla positivada, juzgó conveniente informarnos de lo que se veía en el filme.

—¿Qué era?

—El salvaje. Tenía una pierna humana en las manos y la devoraba con fruición.

Parnum sintió náuseas.

—Yo no lo vi siquiera…

—Su cámara sí lo vio y lo registró, a pesar de la poca luz, porque estaba amaneciendo. —Es un buen aparato; se necesita una cámara de calidad para esta clase de trabajos — alegó el joven.

—El salvaje iba a enterrar los restos de Rendow, ahora ya no nos cabe duda de que se trataba de ese pobre hombre… pero, por lo visto, le entró apetito y se puso a «desayunar».

—Capitán, por favor —gimió uno de los policías—. Tenga piedad de mi estómago. —Martin, hay que ser fuerte —dijo Forrester severamente—. ¿Acaso crees que a mí me gusta comentar este sucio asunto? Y eso que no has visto la película; de lo contrario, no volverías a probar la carne en todos los días de tu vida.

Luego Forrester se volvió hacia el joven.

—Con el canaca vamos a tener problemas —añadió—. Claro que las muertes pueden serle achacadas a Deckering, pero ese pobre hombre… educado en un ambiente radicalmente distinto… Para él,

imagino, las víctimas eran enemigos de su amo y no lo considerará un crimen.

—Los psiquiatras tendrán mucho que decir sobre este asunto, imagino —manifestó Parnum.

—Indudablemente.

Momentos después, llegaban a la casa. Hanako estaba en uno de los coches policiales, adormecido por una inyección sedante que le había propinado el médico de Thomaston, llegado a toda prisa. Philippa y Daisy estaban en el despacho de Deckering.

Philippa enseñó unos papeles al joven.

—Los planos de Casa Larga —dijo—. Marsha Maine debió de conseguirlos en

Galveston…

—¿Indica el lugar donde está el tesoro?

—Hay un círculo rojo trazado en determinado punto —contestó la muchacha—. Será cosa de investigar.

—Al final, resulta que sí existe el tesoro —sonrió Parnum.

Daisy soltó una risita, a la vez que daba unos golpes en la espalda de la muchacha.

—Eso sí que es un tesoro. Brett. No lo dejes perder —dijo socarronamente.

Philippa se ruborizó. Parnum sonrió.

—Bueno, ya hablaremos de eso en otro momento. Daisy, ¿qué hay de Fuller y de la señora Maine?

—Sospechamos que fueron asesinados… y tal vez devorados en parte por el caníbal. Pero ya investigaremos con tiempo y acabaremos por saberlo todo. Brett, ¿por qué no se lleva a esta chica a su casa?

—Sí, es una buena idea. ¿Vamos, Philippa?

«Bussy» estaba echado y se levantó, para seguir a la pareja. Daisy sonrió al contemplar la escena.

—Verdaderamente, le ha salvado la vida —murmuró.

* * *

Los dos obreros contratados atacaban con vigorosos golpes de pico la pared del sótano, marcada en el plano. Philippa contemplaba la escena.

Parnum llegó en aquel momento.

—Ahora ya sabemos por qué Deckering maltrataba a «Bussy». Aunque parezca increíble, el perro se había impuesto a las panteras. Deckering no podía soportarlo. Las quería enfermizamente y ellas, por su parte, si bien feroces, no habían vivido una existencia libre y

salvaje, con la competencia de otras fieras de la selva. Parte lo hemos deducido y parte lo ha dicho Hanako.

—¿Qué harán con ese pobre hombre?

—No se sabe aún. Es todo un problema y tendrán que resolverlo personas muy competentes. Tal vez lo devuelvan a su país natal.

—Sería lo mejor. Bien mirado, no es culpable…

De pronto, se oyó un gran estruendo.

La pared se había venido abajo, dejando a la vista un gran hueco. Uno de los obreros cogió una lámpara y, salvando el montón de escombros, pasó al otro lado.

Al cabo de unos momentos, se volvió:

—Señorita, no hay nada —dijo escuetamente.

Philippa enarcó las cejas.

—Entonces, ¿para qué tapiaron ese cuarto? —exclamó.

Asomó la cabeza y miró a derecha c izquierda. Parnum concibió una hipótesis.

—La pared opuesta da al sur. Pienso que el muro tenía un objeto aislante, contra la humedad, ya que el suelo queda bastante bajo, casi al nivel del mar.

—Sí, eso debió de ser —confirmó uno de los operarios.

—Entonces, tendremos que volver a tapiar —dijo Philippa.

—Es lo mejor que puede hacer, señorita.

—De acuerdo, empiecen cuando gusten.

Philippa se volvió hacia el joven.

—Brett, lo siento; no hay tesoro.

—Algunos lo creyeron así y murieron por algo que no existía —dijo él pensativamente—. Pero a mí no me importa. Es más, me alegra infinitamente.

—¿Sí?

—De haber sido cierto, te habrías encontrado con veinte millones… ¿Y quién pedía entonces tu mano?

Philippa sonrió.

—¿Debo tomar seriamente lo que acabas de decir, Brett?

Parnum pasó un brazo en torno a la cintura de la muchacha. —Muy seriamente —repuso.

FIN